

LACTANCIO

INSTITUCIONES  
DIVINAS

## LIBRO VI

### DEL CULTO VERDADERO

*Hasta ahora  
se ha hablado  
de los ritos  
falsos.  
A partir de ahora  
se hablará  
de los verdaderos*

He acabado, con la ilustración del espíritu divino y con la ayuda de la propia verdad, el contenido del trabajo programado: han sido mis conocimientos, la fe y el propio señor nuestro, sin el cual no se puede saber ni explicar nada, los que me han marcado el camino de la defensa: la afirmación e ilustración de la verdad.

Ahora vengo a lo que es la meta última y más alta de esta obra: mostrar con qué ritos y con qué sacrificios conviene adorar a Dios. Ésa es, en efecto, la obligación del hombre; en ello solo se basa el sentido final de las cosas y toda la razón de ser de la vida bienaventurada, ya que fuimos creados y dotados de alma por él, no para que viéramos el cielo y el sol, cosa que pensó Anaxágoras, sino para que adoráramos, con mente pura e íntegra, al creador del sol y del cielo; y aunque en los libros anteriores he defendido la verdad desde la mediocridad de mi inteligencia, sin embargo, también desde el conocimiento de los propios ritos puede ser esclarecida, incluso en mayor

4 medida. Efectivamente, esa santa y única majestad no exige del hombre otra cosa que la inocencia, y si alguien se la presenta a Dios como ofrenda, hará una ofrenda piadosa y religiosa. Los hombres, sin embargo, despreciando la justicia, piensan que son religiosos, cuando están en realidad impregnados de maldades y crímenes, con tal de manchar los templos y altares con sangre de víctimas y de 6 rociar el fuego con vino oloroso y viejo. Es más, disponen de viandas sagradas y exquisitos banquetes, como si ofrecieran algo a quienes van a tomar de ello. Piensan que cualquier cosa rara por su aspecto o bonita por su hechura u olor es grata a sus dioses, y no en razón de su divinidad, divinidad que desconocen, sino en razón de sus propias apetencias; y no entienden que Dios no necesita bienes terrenos. Y es que no saborean sino las cosas de la tierra y valoran el bien y el mal sólo en función de la sensación 7 y placer que producen a su cuerpo. Y de la misma forma que miden la religión con el parámetro del cuerpo, así organizan todos los actos de su vida. Y como se apartaron una vez de la contemplación del cielo y sustrajeron a su cuerpo esa sensación celestial, dan riendas sueltas a los placeres, como si quisieran acaparar todo el placer —placer que se apresuran a disfrutar en cualquier momento—, cuando en realidad es el alma la que tiene que servirse del cuerpo y no el cuerpo del alma.

8 Esos mismos consideran las riquezas como el mayor bien, riquezas que, si no pueden conseguir con buenas artes, persiguen con malas. Engañan, roban, despojan, acechan, perjuran y no tienen, en fin, moderación ni medida, con tal de resplandecer en oro, brillar en plata, piedras preciosas y vestidos, llenar su ansioso vientre de riquezas, y andar entre el pueblo esclavizado rodeados de rebaños 9 de esclavos. Sometidos y esclavizados de esta forma por

los placeres, debilitan la fuerza y el vigor de su mente y, mientras piensan que están viviendo al máximo, están en realidad dirigiéndose aceleradamente hacia la muerte, ya que, como dijimos en el libro segundo <sup>1</sup>, el reflejo racional del cielo está en el alma y el de la tierra en el cuerpo. Quienes desprecian los bienes del alma buscan los del 10 cuerpo, andan entre tinieblas y muerte, ya que las tinieblas y la muerte son de la tierra y del cuerpo, mientras que la vida y la luz salen del cielo. Y como, siervos del cuerpo, no conocen el cielo, están muy lejos de entender las cosas divinas. Idéntica ceguera afecta por todas partes a los 11 desgraciados, ya que, de la misma forma que desconocen al verdadero Dios, así también desconocen el verdadero culto.

Así pues, sacrifican ricas y pingües víctimas a su Dios, como si éste estuviera hambriento, le derraman vinos, como si estuviera sediento, le encienden luces, como si estuviera en tinieblas. Si pudieran 2 sospechar o percibir en qué consisten los bienes celestiales, cuya magnitud no podemos comprender con los sentidos, que están encerrados en cuerpo terrenal, reconocerían que ellos mismos y sus vanos ritos son de una necesidad extrema; o, si quisieran contemplar esa luz que llamamos sol, se 3 darían cuenta de cómo Dios no necesita sus lámparas, ya que fue él el que regaló para uso de los hombres esa tan clara y blanca luz. Y, sin embargo, si en ese tan pequeño 4 círculo solar, que a causa de la lejanía parece no ser más grande que una cabeza humana, hay tanto resplandor que los ojos humanos no pueden soportarlo —y si se intenta mantenerlos un poco, esos ojos lesionados se verán cubier-

*Los ritos paganos  
son absurdos,  
aunque tienen  
elementos  
aprovechables*

tos de oscuridad y tinieblas—, ¿qué tipo de luz, qué tipo de claridad pensaremos que hay en el propio Dios, en el cual no existe ninguna mancha de oscuridad? Y este Dios reguló esa propia luz solar de tal forma que no dañara a los seres vivos por su claridad o calor excesivos, y dotó al sol del grado de luz y calor que pudieran aguantar los cuerpos humanos o que exigiera la madurez de los frutos.

5 Pues bien, en estas circunstancias, ¿se puede pensar que está bien de la cabeza aquel que dé como regalo al autor  
6 y dador de la luz la luz de unas candelas y ceras? Esa luz nos está pidiendo algo muy distinto y, ciertamente, no algo que despida humo, sino, como dice el poeta, algo transparente y claro<sup>2</sup>, algo en concreto del alma, y por lo cual  
7 no lo puede ofrecer sino quien conoce a Dios. Sus dioses, sin embargo, puesto que son terrenales, necesitan luces para no estar en tinieblas, y los fieles, puesto que no saben nada del cielo, reducen a la tierra las religiones a las que sirven; y en la tierra necesitan luz, ya que la tierra, por  
8 constitución y naturaleza, es opaca. Como consecuencia, atribuyen a los dioses sensaciones, no divinas, sino más bien humanas y, por ello, piensan que los dioses necesitan y gustan las mismas cosas que nosotros, que, cuando tenemos hambre, necesitamos comida; cuando tenemos sed, bebida; cuando tenemos frío, vestidos; cuando el sol se pone, luz para ver.

9 Así pues, la mejor forma de probar y saber que estos dioses —si es que han vivido alguna vez— están muertos, es a partir de sus ritos, que son absolutamente terrenales. Y es que ¿qué puede tener de bien celestial la sangre derra-

mada de animales, con la que manchan sus altares? A no ser que piensen que los dioses se alimentan con aquello cuyo contacto produce asco a los hombres. Y quien les  
10 ofrece estas viandas, aunque sea un bandido, adúltero, envenenador y parricida, será bienaventurado y feliz: le aprecian, le protegen, le conceden todo lo que desea. Con razón,  
11 pues, se burla Persio, según su costumbre, de supersticiones de este tipo con estas palabras: «¿Con qué regalos compras la atención de los dioses? ¿Con qué vísceras y pringosa leche?»<sup>3</sup>; se daba cuenta, en efecto, de que para  
12 aplacar a la majestad celestial no es necesaria la carne, sino una mente santa y un alma y un corazón recto que, como él dice, «esté forjado en una generosa ética natural»<sup>4</sup>. Ésta es la religión celestial: no la que consta de  
13 cosas corrompidas, sino de virtudes del alma, la cual tiene su origen en el cielo; éste es el verdadero culto, en el que el alma del oferente se ofrece a sí mismo como víctima a Dios. En lo que se refiere a la forma de conseguirlo  
14 y a la forma de prestarlo, lo aclarará el desarrollo analítico de este libro. No hay, en efecto, nada más importante ni más conveniente a un hombre que el enseñar a los hombres el camino de la justicia<sup>5</sup>. En el *Hortensio* de Cicerón,  
15 Catulo, que ponía la filosofía delante de todas las demás cosas, dice que él «prefería un pequeño tratado sobre las obligaciones a un largo discurso en favor del sedicioso Cornelio»<sup>6</sup>. Esta frase ha de ser puesta en boca, no de Catu-



en dos partes»<sup>10</sup>, se queda clavado en vacilaciones y no  
7 sabe qué dirección tomar; si ha conocido a un guía que  
le lleve en sus dudas hacia el mejor camino, es decir, si  
ha aprendido filosofía, o elocuencia, o algún arte digna  
que le lleve a una forma de vida honesta —cosa que no  
puede suceder sin el mayor esfuerzo—, dicen que seguirá  
8 una vida digna y fructífera; pero, si no encuentra a ese  
maestro de frugalidad, caerá en el camino de la izquierda,  
que ofrece engañosamente una apariencia mejor, es decir,  
se entregará a la desidia, vagancia y lujuria, las cuales,  
en un primer momento, parecen más dulces al que desco-  
noce el auténtico bien, pero después, tras perder toda su  
dignidad y hacienda familiar, vivirá en medio de todo tipo  
9 de miserias y en la ignominia. En definitiva, ellos han  
reducido los límites de estos caminos al cuerpo y a la vida  
que llevamos en la tierra.

Los poetas dieron quizás una mejor explicación de es-  
tos dos caminos, ya que los colocaron en los infiernos;  
pero se equivocaron al ponerlos en relación con los muertos.

Así pues, unos y otros acertaron al hablar de dos cami-  
nos, pero no al definirlos, ya que había que poner en rela-  
ción los caminos con la vida, y su final con la muerte.  
10 Nosotros, pues, damos una mejor y más veraz interpreta-  
ción, ya que decimos que estos dos caminos conducen al  
cielo y a los infiernos, por cuanto para los buenos está  
reservada la inmortalidad, y para los malvados el castigo  
11 eterno. En lo que se refiere a cómo estos caminos levan-  
tan al hombre hasta el cielo o lo precipitan a los infiernos,  
lo explicaré después; y descubriré cuáles son las virtudes  
que desconocieron los filósofos; al mismo tiempo mostraré  
cuáles son los premios de éstas, y también cuáles son los

vicios y sus castigos. Y es que quizás alguien espere que  
yo hable por separado de los vicios y las virtudes, cuando,  
al hablar del bien o del mal, podemos entender también  
en qué consiste el contrario. Efectivamente, si introduces  
13 las virtudes, se alejarán espontáneamente los vicios, o, si  
eliminas los vicios, espontáneamente vendrán las virtudes:  
la naturaleza del bien y del mal está constituida de tal for-  
ma que se enfrentan y rechazan constantemente entre sí.  
Así sucede que ni los vicios pueden ser erradicados sin las  
virtudes, ni las virtudes pueden ser introducidas sin la erra-  
dicación de los vicios.

Pues bien, nosotros definimos estas vías de forma muy  
14 diferente a como las suelen definir los filósofos. En primer  
lugar, porque decimos que al frente de cada una de ellas  
hay guías, ambos inmortales, pero uno ensalzado porque  
está al frente de las virtudes y del bien, y otro condenado,  
15 porque está al frente de los vicios y del mal. Ellos en cam-  
bio sólo ponen guía en el camino más recto, y no es un  
guía único y constante, ya que hablan de cualquier maes-  
tro de un buen arte que aparte a los hombres de la desidia  
y les enseñe a ser hombres de bien. En segundo lugar,  
para ellos, en este camino sólo pueden entrar los niños  
y adolescentes, ya que las artes se aprenden a esas edades.  
Nosotros, en cambio, colocamos en ese camino celestial  
16 (a hombres) de todo sexo, raza y edad, porque Dios, que  
es el guía de ese camino, no niega la inmortalidad a nin-  
gún hombre. En tercer lugar, la propia forma de los cami-  
nos no es como ellos pensaron. Efectivamente, ¿qué falta  
17 hace recurrir a la letra Y para explicar cosas contrarias  
y diferentes? En realidad, el camino bueno mira hacia la  
salida del sol y el malo hacia el ocaso, ya que quien sigue  
la vía de la verdad y de la justicia, gozará de una luz eter-  
na al recibir el premio de la inmortalidad, mientras que

aquel que, engañado por el guía malo, prefiera los vicios a las virtudes y la mentira a la verdad será llevado necesariamente al ocaso y a las tinieblas (eternas).

18 Descubriré, pues, ambos caminos y mostraré sus propiedades y cualidades.

4 Uno es, pues, el camino de la virtud  
*El camino del* y de los buenos, camino que lleva, no a  
*infierno es fácil,* los campos Elíseos, como dicen los poetas,  
*con final* sino a la propia cima del mundo,  
*desastroso;* «mientras que el camino de la izquierda  
*el del cielo* reclama castigos para los malos y conduce  
*es difícil,* al impío Tártaro»<sup>11</sup>; éste es, pues, el  
*con final feliz*

2 camino de ese depravado<sup>12</sup> que, introduciendo malas religiones, aparta a los hombres del camino celestial y los lleva  
3 al de la perdición. La apariencia y aspecto de este camino son placenteros a la vista, de forma que parece ser llano, abierto y hermo­seado con todo tipo de flores y frutos. En él puso Dios, en efecto, todo lo que es tenido en la tierra por bueno —me refiero a la opulencia, la honra, la tranquilidad, el placer y todos los atractivos—, pero, al lado de ello, puso también la injusticia, la crueldad, la soberbia, la perfidia, la pasión, la ambición, la discordia, la ignorancia, la mentira, la necedad y los demás vicios.

4 Pero el final de este camino es el siguiente: cuando se llega al final, desde el cual ya no se puede volver atrás, el camino se corta de pronto, así como toda su hermosura, de forma que nadie puede ver el engaño antes de caer en el  
5 precipicio de sus profundidades. Efectivamente, quienquiera que, cautivado por la apariencia de los bienes presentes y ocupado en conseguirlos y disfrutarlos, no ha previsto

lo que vendrá después de la muerte y se ha apartado de Dios, caerá en los infiernos y será condenado a una pena eterna.

En cambio, el camino del cielo se nos presenta difícil  
6 e inclinado, o áspero por sus erizadas espinas, o intransitable por las rocas que sobresalen, de forma que debe ser recorrido con gran esfuerzo, con destrozo para los pies y con gran peligro de caer. En él puso Dios la justicia, la  
7 templanza, la paciencia, la fe, la castidad, la abstinencia, la concordia, la ciencia, la verdad, la sabiduría y las demás virtudes; pero, juntamente con ellas, puso la pobreza, la ignominia, el esfuerzo, el dolor y todas las amarguras. Y es que quien ponga su esperanza más lejos y prefiera  
8 lo mejor, deberá estar privado de los bienes de la tierra, expedito y ligero, para superar las dificultades del camino; quien se rodea de aparato regio o se carga de riquezas, no puede, en efecto, pasar u ocupar los estrechos pasos de ese camino. De ahí queda claro que a los malos e injustos  
9 les llega más fácilmente lo que desean, porque su camino es inclinado y pendiente; a los buenos, en cambio, les es difícil acceder a lo que desean, porque marchan por un camino difícil y arduo.

Así pues, el bueno, puesto que ha entrado en un camino  
10 duro y áspero, es necesariamente despreciado, ridiculizado y odiado. Efectivamente, todos esos a los que la ambición y el placer arrastran al precipicio odian a los que han podido alcanzar la virtud y no soportan que éstos tengan algo que ellos mismos no tienen. En definitiva, el bueno  
11 será pobre, humilde, sencillo, injuriado, y, sin embargo, soportará todas las amarguras, y si lleva con constancia su paciencia hasta el último escalón y meta, se le dará la corona de la virtud y Dios le obsequiará con la inmortalidad.

dad por los trabajos que ha soportado en esta vida a causa de la justicia.

12 Éstos son los caminos que Dios asignó a la vida humana, en cada uno de los cuales colocó bienes y males, pero en orden cambiado e inverso; efectivamente, en el suyo colocó primero males pasajeros para terminar con bienes eternos: éste es el orden mejor; en el otro puso primero bienes pasajeros, para terminar con males eternos: éste es el orden peor. Así, quien escoja los males presentes, acompañados de la justicia, conseguirá bienes mucho más grandes y seguros que aquellos que despreció; pero quien prefiera los bienes presentes a la justicia, caerá en males mucho más grandes y largos que aquellos que rehuyó. En efecto, dado que esta vida corporal es breve, sus males y sus bienes son necesariamente breves; y a la inversa, puesto que la vida espiritual, que es lo contrario a la terrenal, es eterna, sus bienes y sus males son eternos. Así ocurre que a bienes breves suceden males eternos y a males breves, bienes eternos. Así pues, puesto que al hombre se le ofrecen simultáneamente bienes y males, conviene que cada uno piense consigo mismo cuánto mejor es obtener males breves a cambio de bienes perpetuos que aguantar 15 males eternos a cambio de bienes breves y caducos. Y es que, de la misma forma que en este mundo, cuando se entabla un combate con el enemigo, hay primero que sufrir para después descansar, hay que pasar hambre y sed, calor y frío, hay que dormir en el suelo, vigilar y pasar peligros, para poder después disfrutar, una vez a salvo, de la familia, de la casa, de la hacienda familiar, y de 16 todos los bienes de la paz y de la victoria, mientras que si prefieres la desidia momentánea al esfuerzo, te estarás proporcionando necesariamente a ti mismo un gran mal —el adversario, en efecto, se apoderará de ti al no poner

resistencia, tus campos serán asolados, tu casa despojada, tu mujer e hijos serán hechos prisioneros, y tú mismo muerto o capturado: para que todo esto no suceda hay que dejar a un lado las comodidades presentes, con el fin de conseguir algo más importante y lejano—, de esa misma forma, a 17 lo largo de toda esta vida, puesto que Dios nos reservó un enemigo para que pudiéramos conseguir la virtud, debemos dejar a un lado los placeres del presente, para que el enemigo no nos derrote; hay que vigilar, poner guardias, emprender expediciones militares, derramar hasta la última gota de sangre y soportar con paciencia todas las amarguras y cargas: y todo ello con tanta más diligencia cuanto que nuestro emperador, Dios, estableció para nosotros premios eternos a cambio de esfuerzos. Y si en esta 18 milicia terrena los hombres hacen grandes esfuerzos para conseguir cosas que acaban de la misma forma que se consiguen, no se nos debe criticar a nosotros ningún tipo de esfuerzo, si con él conseguimos lo que de ninguna forma se puede perder. Efectivamente, Dios, que creó al hombre 19 para esta milicia, quiso que, libres de bagajes, nos mantuviéramos firmes en el campo de batalla y que, manteniendo la mente diligentemente atenta, vigiláramos frente a las asechanzas y ataques directos de un solo enemigo, el cual —cosa que suelen hacer los generales curtidos y experimentados— nos atrae despiadadamente, a cada uno según su naturaleza y costumbres, con variadas artimañas: en unos infunde insaciable ambición, para, tras atarlos con 20 sus riquezas, como si de grillos se tratase, apartarlos del camino de la verdad; a otros los inflama con el aguijón de la ira, para alejarlos de la contemplación de Dios, teniéndolos totalmente ocupados en hacer daño; a otros los hunde en desenfrenados placeres para que, esclavos del placer y del cuerpo, no puedan mirar hacia la virtud; en otros

inspira envidia para que, obsesionados por sus propios tormentos, no piensen en otra cosa que en la felicidad de aquellos a los que odian; a otros los hincha de ambiciones: 21 éstos son los que dedican todos los esfuerzos y preocupaciones de su vida a ocupar cargos, para aparecer en los 22 fastos y dar nombre a los años <sup>13</sup>; la ambición de algunos apunta aún más alto, buscando, no gobernar provincias con el mando terrenal, sino pretendiendo ser llamados dueños de todo el género humano en virtud de un poder infinito y perpetuo; a los que ve que son piadosos, los enreda 23 en distintas religiones, para convertirlos en impíos; a los que buscan la sabiduría, les pinta ante los ojos la filosofía, para cegarlos con la apariencia de luz, con el fin 24 de que nadie comprenda ni posea la verdad. De esta forma, cerró a los hombres todas las entradas y, contento con los errores públicos, cercó los caminos.

Para poder disipar estos errores y vencer al autor mismo de los males, Dios nos iluminó y armó con la virtud verdadera y celestial. De ella debo hablar ahora.

5 Pero, antes de empezar a explicar cada una de las virtudes, hay que definir la propia virtud, que no fue correctamente definida por los filósofos, diciendo en qué consiste, dónde se encuentra, qué competencias y qué funciones tiene. Los filósofos se quedaron sólo en la palabra, olvidando su sentido, 2 su esencia y su valor. Todo lo que ellos pueden exponer para definir la virtud, lo recoge y enuncia Lucilio en unos pocos versos, que prefiero citar para no ser demasiado largo, refutando las opiniones de muchos: «La virtud, Albi-

*Diferencia  
entre ciencia  
y virtud*

no, consiste en estar en condiciones de atribuir el valor justo a las cosas entre las que nos encontramos y vivimos; la virtud es saber qué ventajas ofrece cada cosa al hombre; la virtud es saber qué es, para el hombre, lo recto, lo útil, lo honesto, lo bueno y lo malo, y qué lo inútil, lo sucio y deshonesto; la virtud es saber el límite y medida en la búsqueda de las cosas; la virtud es estar en condiciones de dar el justo precio a las riquezas; la virtud es estimar los honores en la medida que deben ser estimados; ser enemigo y adversario de los hombres y costumbres malos, y, por contra, defensor de los hombres y costumbres buenos, apreciar a éstos, estimarlos, ser su amigo; poner, además, en primer lugar los intereses de la patria, después los de los padres, y en tercer y último lugar los nuestros propios» <sup>14</sup>. De estas definiciones, que el poeta recogió brevemente, Marco Tulio, siguiendo al estoico Panecio, dedujo normas para la vida que recogió en tres volúmenes <sup>15</sup>.

Vamos a ver inmediatamente la falsedad de estas definiciones, para que quede claro cuánto nos ha favorecido Dios, que nos descubrió la auténtica verdad. Dice que «la virtud consiste en saber qué es lo bueno y lo malo, lo sucio, lo honesto, lo útil y qué no». Podía haber sido más breve, aludiendo sólo al bien y al mal, ya que no puede ser útil y honesto nada que no sea al mismo tiempo bueno, y no puede ser inútil y sucio nada que no sea al mismo tiempo malo. De esta misma opinión son los filósofos, y Cicerón lo declara en el libro tercero de la obra anteriormente citada <sup>16</sup>. Por otro lado, el saber no se puede identificar con la virtud, porque el saber no está dentro de nos-

otros sino que nos viene de fuera; y aquello que puede pasar de uno a otro no es virtud, porque la virtud es propia de cada uno; el saber, pues, es producto de un favor ajeno, porque consiste en escuchar; la virtud es toda nuestra, porque se basa en la voluntad de hacer el bien: de la misma forma que al hacer un viaje no sirve de nada conocer el camino si no se tienen suficientes ganas y fuerzas para andar, así también la ciencia de nada sirve si falta la virtud personal. Efectivamente, los que pecan casi siempre se dan cuenta, aunque no del todo, de qué es el bien y el mal; y cuantas veces hacen una mala acción saben que pecan y por ello tratan de ocultarlo: pero, si bien conocen la naturaleza del bien y del mal, se dejan llevar al pecado por los perversos deseos, porque les falta la virtud, es decir, el deseo de actuar con rectitud y honestidad. De todo ello queda, pues, claro que una cosa es conocer el bien y el mal, y otra la virtud, porque puede existir el conocimiento sin virtud, cosa que ocurrió en el caso de muchos filósofos. En este caso habrá castigo, ya que con razón se cae en culpa si no se hace lo que se sabe, y con razón hay voluntad depravada y ánimo pecaminoso, que no pueden ser excusados por la ignorancia. Así pues, si la virtud no consiste en conocer el bien y el mal, sí consiste en hacer el bien y no hacer el mal. Y, sin embargo, la ciencia está de tal forma unida a la virtud, que la primera precede a la segunda y la segunda sigue a la primera, ya que de nada sirve el conocimiento si no sigue la acción. Por ello, las palabras de Horacio son un poco más acertadas: «La virtud consiste en huir del vicio y es el comienzo de la sabiduría...»<sup>17</sup>, pero se trata también de una definición inadecuada, ya que la hace recurriendo a su contrario; es como

si hubiera dicho: «Bueno es lo que no es malo»; y es que, si no sé lo que es el vicio, tampoco sé lo que es la virtud. Ambos necesitan, pues, de definición, ya que la naturaleza del tema es tal, que necesariamente o se conocen ambos o no se conoce ninguno.

Pero hagamos nosotros lo que debió hacer Horacio. La virtud es reprimir la ira, contener la ambición, frenar la lujuria: esto es, en efecto, evitar el vicio, ya que casi todo lo que se hace injusta e indignamente tiene origen en esas pasiones; si se reprime el impulso de esa pasión llamada ira, todas las perversas rivalidades entre los hombres se adormecerán, nadie será objeto de asechanzas, nadie se levantará para hacer daño. De igual forma, si se modera la ambición, nadie recorrerá tierras y mares, nadie se pondrá al frente de un ejército para robar y asolar los territorios de otros. Y, de igual forma, si se suprime el impulso de la lujuria, las personas de todas las edades y sexos conservarán su santidad, y nadie aceptará o hará acciones vergonzosas. Y, como consecuencia, al ser apaciguados todos estos impulsos por la virtud, todos los crímenes y maldades desaparecerán de la vida y costumbres de los hombres. Y este apaciguar los impulsos y sentimientos no tiene otro contenido que hacer las cosas bien.

Así pues, todas las funciones de la virtud se reducen a no pecar; y esto no lo puede ciertamente llevar a cabo quien no conoce a Dios, ya que el desconocimiento de aquel del que nacen los bienes ineludiblemente le empujará, imprudente, hacia los vicios.

En consecuencia, para fijar breve y gráficamente la función última de cada una de ellas: la ciencia consiste en conocer a Dios; la virtud en adorarle; en la primera está la sabiduría; en la segunda la justicia.

6 He dicho lo primero que había que decir: que la ciencia del bien no es la virtud; después he dicho qué es la virtud y en qué consiste; sigue ahora la demostración de que los filósofos no saben qué es el bien y qué el mal, pero demostración breve, ya que lo expliqué casi exhaustivamente en el libro tercero<sup>18</sup>, cuando hablé sobre el sumo bien.

2 Pues bien, quienes desconocieron el sumo bien, necesariamente se equivocaron en los demás bienes y males que no son sumos, ya que nadie que no conozca la fuente de donde proceden puede valorarlos con juicio acertado.

3 Ahora bien, la fuente de los bienes es Dios, y la de los males, ese constante enemigo del nombre de Dios, del cual hemos hablado muchas veces: de estos dos principios nacen el bien y el mal. Lo que procede de Dios tiene una meta: preparar la inmortalidad, que es el sumo bien; lo que procede de ese otro<sup>19</sup> tiene esta función: apartar de las cosas divinas, sumergir en las terrenas y condenar a un castigo eterno; todo ello es el sumo mal. Así pues, ¿puede existir alguna duda de que todos éstos, que no conocían a Dios ni al adversario de Dios, ignoraban también en qué consiste el bien y el mal? Como consecuencia, limitaron los bienes al cuerpo y a esta vida breve, la cual necesariamente se disipará y acabará; no han avanzado más allá, sino que todos sus preceptos y todos los bienes que llevan consigo se clavan en la tierra y permanecen en el suelo,

7 ya que mueren con el cuerpo, que es tierra. Esos bienes, pues, no tienden a conseguir vida para el hombre, sino a buscar y aumentar las riquezas, los honores, la gloria

*Refutación  
de la definición  
de virtud  
en Lucilio*

y el poder: cosas todas que son mortales, tanto como el que se esforzó para conseguirlas. De ahí eso de que «la virtud es saber el límite y la medida en la búsqueda de las cosas»<sup>20</sup>. Enseñan, en efecto, de qué forma y con qué artes se debe conseguir hacienda familiar, porque ven que se suele conseguir de mala manera. Pero no es al sabio al que se propone una virtud de este tipo, ya que no es virtud buscar riquezas cuya consecución y posesión no está en nuestro poder; consiguientemente, en esta búsqueda y consecución tienen más facilidades los malos que los buenos. No puede estar, pues, la virtud en la búsqueda de aquellas cosas, en cuyo desprecio consiste precisamente el sentido y la esencia de la virtud, ni se refugiará en aquellas cosas que a su vez trata de pisotear y triturar con toda la grandeza y excelsitud de su alma, ni es digno que el alma, atenta a los bienes celestiales, se aleje de sus riquezas inmortales para conseguir estas perecederas; antes bien, el sentido de la virtud consiste en conseguir aquellas cosas que no pueden sernos arrebatadas por ningún hombre ni por la propia muerte.

Si esto es así, es cierto lo que sigue diciendo Lucilio: «La virtud es estar en condiciones de dar el justo precio a las riquezas». Este verso significa casi lo mismo que los dos primeros<sup>21</sup>. Pero ni él ni ningún otro filósofo pudo conocer cuál era el precio ni en qué consistía. Y es que este poeta y todos los otros a los que él siguió pensaron que ese precio era hacer un uso correcto de las riquezas, es decir, ser frugal, no preparar suntuosos banquetes, no

ser temerariamente pródigo, no gastar la hacienda familiar en cosas inútiles y rastreras.

11 Quizás alguien diga: «Y tú, ¿qué? ¿Niegas que esto sea virtud?». No lo niego, ya que daría la impresión de aceptar cosas contrarias si lo negara; lo que niego es que sea la verdadera, ya que no es aquella celestial, sino una virtud totalmente terrena, que no produce nada más que lo que se queda en la tierra. Y ¿en qué consiste el recto uso de los bienes y cuál es el fruto que se debe buscar en las riquezas?; eso lo explicaré más claramente cuando empiece a hablar de los deberes de la piedad <sup>22</sup>.

12 Lo que ya no puede ser verdad de ninguna forma es lo que sigue diciendo Lucilio. Efectivamente, «declararse enemigo de los malvados» o «aceptar la defensa de los buenos» pueden ser posturas comunes con los malos; algunos de éstos, fingiéndose probos, aseguran su camino hacia el poder y hacen cosas que suelen hacer los buenos, con tanto mayor celo cuanto que lo hacen para engañar. ¡Ojalá fuera tan fácil ser realmente bueno como lo es fingir serlo! Pero éstos, en cuanto empiezan a cumplirse sus planes y sus deseos y han alcanzado el más alto grado de poder, deponiendo los disimulos, ponen en evidencia su índole, lo arrebatan todo, violan, vejan, persiguen a los propios buenos cuya causa habían aceptado antes, y cortan las escaleras por donde ellos habían subido, para que nadie pueda imitarlos en detrimento suyo. Admitamos, no obstante, que la defensa de los buenos es patrimonio del bueno. Ahora bien, comprometerse con esta defensa es fácil; llevarla a cabo, difícil, ya que, cuando se entra en un combate o enfrentamiento, la victoria no depende de ti, sino de la voluntad de Dios; suele incluso suceder muchas

veces que los malvados superan en número y habilidad la maniobra de los buenos, de forma que para derrotarlos se necesita no tanto valor como suerte. ¿O es que desconoce alguien cuántas veces han sido derrotados los buenos y justos? Por ello hubo siempre crueles tiranías en detrimento de los ciudadanos. Toda la historia está llena de ejemplos, pero nos contentaremos con uno solo. Gneo Pompeyo pretendió presentarse como el defensor de los buenos, y, como tal, tomó las armas en defensa del régimen, del poder constituido y de la libertad; pero, derrotado, cayó con la propia libertad y, asesinado por esbirros egipcios, fue tirado sin recibir sepultura <sup>23</sup>. No es, pues, virtud ser enemigo de los malos o defensor de los buenos, porque la virtud no puede estar sometida a avatares inciertos.

«Poner además, en primer lugar, los intereses de la patria» <sup>24</sup>. La discordia, cuando ha desaparecido de entre los hombres, no tiene ningún sentido. ¿Qué son, en efecto, los intereses de la patria sino el perjuicio de otra ciudad o pueblo, es decir, la extensión del propio territorio a costa de robarlo con violencia a otros, acrecentar el imperio e imponer mayores tributos? Y todo esto no es virtud, sino destrucción de la virtud. Y es que, en primer lugar, se erradica la comunión social entre los hombres, se erradica la inocencia, se erradica la abstinencia de lo ajeno, se erradica, por fin, la propia justicia, la cual no puede soportar el desgarrar del género humano, sino que escapa y desapa-

21 rece necesariamente de allí donde brillan las armas. Es, pues, cierto aquello de Cicerón: «Quienes dicen ostentar la causa de sus conciudadanos, están en contra de la causa de los extranjeros y rompen la común sociedad del género humano: y si ésta es aniquilada, desaparece de raíz el bien, la 22 generosidad, la rectitud y la justicia»<sup>25</sup>. Efectivamente, ¿cómo puede ser justo quien daña, odia, despoja y mata? Y esto lo hacen quienes se esfuerzan por ser útiles a su patria. Y, en lo que se refiere a la utilidad que eso comporta, lo desconocen quienes piensan que no es útil ni ventajoso sino lo que se puede tener en las manos: y eso es lo único que no se puede tener en exclusiva, porque nos puede ser 23 quitado. Pues bien, cualquiera que consiga para su patria eso que ellos llaman bienes, es decir, que llene con dinero el erario público tras destruir ciudades y aniquilar pueblos, que se apodere de terrenos o que haga más ricos a sus conciudadanos, ése será ensalzado hasta el cielo, y en él se piensa que está la más elevada y perfecta virtud. Y en este error no sólo caen el pueblo y los incultos, sino también los filósofos, los cuales dan incluso preceptos para la injusticia, para que de esta forma no les falten a la necesidad y a la malicia un amaestramiento y una autoridad.

24 De esta forma, cuando disertan sobre las obligaciones que atañen a la milicia, todo su discurso se acomoda, no a la justicia y a la auténtica virtud, sino a esta vida y costumbres civiles; y que esto no es justicia lo demuestran los hechos y lo atestigua el propio Cicerón; éste dice:

25 «Pero nosotros no tenemos ninguna imagen sólida ni clara del auténtico derecho ni de la genuina justicia; nos servimos de sombras e imágenes: y ¡ojalá que hiciéramos caso de

éstas! Y es que éstas las sacamos de los mejores ejemplos de la naturaleza y de la verdad»<sup>26</sup>. Así pues, lo que ellos consideran como justicia es una sombra y una imagen de la justicia. ¿Qué más? ¿No declara el propio Cicerón que 26 la sabiduría de los filósofos no existe? Dice: «Cuando Fabricio o Aristides son llamados justos, se busca en ellos, como si fueran sabios, un modelo de fortaleza y de justicia, respectivamente. Y es que ninguno de los dos es sabio como nosotros queremos entender la sabiduría; ni tampoco 27 fueron sabios esos que, como Marco Catón y Gayo Lelio, han sido considerados y llamados sabios, ni tampoco aquellos famosos siete<sup>27</sup>; la realidad es que éstos, dado que con frecuencia practicaban los deberes ordinarios, tenían una especie de semejanza y de apariencia de sabios»<sup>28</sup>.

Así pues, si por confesión de ellos mismos se ven privados de sabiduría sus filósofos y les es arrebatada la justicia a esos que son tenidos como justos, todas sus descripciones de la virtud son necesariamente falsas, ya que sólo el sabio y el justo pueden saber en qué consiste la verdadera virtud. Y, por fin, justo y sabio sólo es aquel que fue instruido por Dios en los preceptos divinos.

En efecto, todos esos que son considerados como sabios por la reconocida necesidad de otros, atraídos por la apariencia de virtud, asimilan sombras e imágenes, pero no verdad. Y esto sucede porque ese camino falso, que lleva al ocaso, tiene, a causa de la variedad de estudios y disciplinas —que son muy diferentes y variados en la vida del hombre—,

*La necesidad puede a veces parecer virtud, sabiduría y justicia: es un engaño más del diablo*

2 muchos pasos. Efectivamente, de la misma forma que el camino de la sabiduría tiene semejanzas con la necedad —cosa que ya puse en evidencia en el libro anterior—, así este otro, si bien es todo él necedad, tiene semejanzas con la sabiduría, semejanzas a las que se agarran esos que conocen la necedad del pueblo; y, de la misma forma que tiene vicios manifiestos, así también tiene algo que se parece a la virtud; y, de la misma forma que tiene abiertas aspiraciones criminales, así también tiene cierta apariencia  
3 e imagen de bondad. ¿Cómo, en efecto, ese profeta de este camino, cuya fuerza y poder consiste totalmente en engañar, iba a poder engañar a todos si no presenta entre los hombres algo semejante a la virtud? Y es que Dios, para mantener oculto su inmortal secreto, puso en su propio camino cosas que los hombres despreciaran como malas y bajas, para que, apartados de la sabiduría y verdad —verdad que buscaban sin guía—, cayeran en eso mismo  
4 que intentaban evitar y rehuir. En cambio, les presentó un camino de la perdición y de la muerte con múltiples variedades, ya con múltiples formas de vida, ya con múltiples  
5 dioses a los que adorar. Y el guía de este camino, prevaricador y falaz, para dar la impresión de que sabe discernir entre lo falso y lo verdadero, entre lo malo y lo bueno, lleva por un camino a los lujuriosos y por otro a los llamados frugales; por uno a los incultos y por otro a los sabios; por uno a los vagos y por otro a los diligentes; por uno a los necios y por otro a los filósofos, e incluso en lo que se refiere a estos últimos, no lleva a todos por el  
6 mismo sendero: efectivamente, a los que no rehúsan los placeres y las riquezas, apenas los aparta del camino normal y corriente; pero a los que pretenden seguir la virtud y confiesan despreciar las riquezas, los lleva por ciertos intrincados precipicios. De todas formas, todos esos caminos

que aparentan ser buenos, no son caminos diferentes del camino normal, sino que son desvíos y sendas que dan la impresión, sí, de separarse hacia la derecha del camino común, pero que en realidad se reducen a un solo camino y llevan todos al mismo resultado con el mismo final. Efectivamente, ese jefe apelotona a todos allí donde se debe separar a los buenos de los malos, a los fuertes de los inútiles, a los sabios de los necios, es decir, los apelotona en el culto a los dioses, en el que él yugula con la misma espada y precipita hacia la muerte a todos, ya que todos fueron necios sin ninguna diferencia.

Sin embargo, este otro camino, que es el camino de la verdad, de la sabiduría, de la virtud y de la justicia, las cuales tienen todas ellas una sola fuente, una sola fuerza, una sola sede, es un camino único —en él seguimos y adoramos a un solo Dios con idénticos ánimos y extraordinaria concordia—, estrecho —ya que la virtud es un patrimonio de pocos— y difícil —ya que al bien, que es algo elevado y sublime, no se puede llegar sino con gran dificultad y esfuerzo—.

*El camino  
verdadero  
es la ley divina,  
que coincide  
con la ley  
natural  
de Cicerón*

Éste es el camino que buscan los filósofos, pero que no encuentran, ya que lo buscan sobre todo en la tierra, que es donde no puede aparecer. Se equivocan, pues, como si estuvieran en un gran océano, y no saben a dónde son llevados, ya que no ven el camino ni siguen a ningún guía. Y es que el camino de esta vida debe buscarse con el mismo procedimiento con que las naves se orientan en alta mar, las cuales, si no se fijan en alguna estrella del cielo, vagan por rutas inseguras. Quien pretenda seguir el camino recto de esta vida, no debe mirar hacia la tierra, sino al cielo, y, para hablar con claridad, no debe seguir

a los hombres, sino a Dios; ni servir a las estrellas de la tierra, sino a Dios; ni reducirlo todo al cuerpo, sino al alma; ni preocuparse por esta vida, sino por la eterna.

5 Así pues, si se dirigen los ojos siempre al cielo, si se observa al sol por donde nace, y si se tiene a éste como guía de nuestra vida, cual si estuviéramos en una travesía, inmediatamente los pies se dirigirán por sí solos hacia el verdadero camino, y esa luz celestial —que para las mentes sanas es un sol mucho más claro que este que vemos con nuestros ojos mortales— nos regirá y pilotará hasta llevarnos, sin ningún fallo, al elevado puerto de la sabiduría

6 y de la virtud. Hay, pues, que aceptar la ley de Dios, que nos lleva a este camino: esa ley santa y celestial que Marco Tulio nos pintó casi con voz divina en el libro tercero de *Sobre el Estado*, del que yo, por no decir más,

7 he subrayado estas palabras: «La verdadera ley es la recta razón, conforme a la naturaleza, común a todos, inmutable, eterna, que nos llama a nuestra obligación con preceptos y que nos aparta del engaño con prohibiciones, y que, sin embargo, no ordena ni prohíbe en vano a los buenos, ni mueve con sus órdenes y prohibiciones a los malos.

8 No está permitido proponer otra ley para cambiar ésta, ni es lícito derogar nada de ella, ni puede ser totalmente derogada; ni el senado ni el pueblo pueden eximirnos de su cumplimiento; ni hay que buscar para ella un exegeta

9 o intérprete como Sexto Elio; ni es una ley en Roma y otra en Atenas, una ahora y otra después, sino una sola ley, eterna e inmutable, que abarcará a todos los pueblos y en todo momento; y habrá, por así decir, un solo maestro y un general común a todos, Dios: él es el autor, el intérprete y el ponente de esta ley; y quien no la observe, se enajenará a sí mismo y, por renegar de la naturaleza humana, pagará por ello mismo las penas más graves, aun-

que escape de todas las demás cosas que son consideradas como suplicio»<sup>29</sup>. ¿Quién, aun conociendo el misterio de 10 Dios, podría describir la ley divina tan puntualmente como lo hizo ese hombre, que estaba lejos de conocer la verdad? Yo, por mi parte, pienso que esos que dicen verdades sin darse cuenta deben ser considerados como si, estando inspirados por algún espíritu, hicieran profecías. Y si Cicerón, de la misma forma que intuyó el sentido y esencia 11 de la ley santa, hubiese conocido y explicado los preceptos en los que se apoya esa ley, habría desempeñado el oficio, no de filósofo, sino de profeta. Pero como él no podía 12 hacer esa función, nos corresponde a nosotros hacerla, a nosotros, a los que nos fue entregada esa ley por el único maestro y emperador de todo, Dios.

El primer punto de esa ley es conocer 9  
al propio Dios, a él solo obedecer y a él solo adorar. Y es que no puede ser considerado como hombre quien desconoce a Dios, que es el padre de su alma: esto es un pecado gravísimo. Esta ignorancia es la que hace que sirva a otros dioses, lo cual es la acción más criminal que se puede cometer. De aquí hay un fácil paso 2

hacia la maldad a través de la ignorancia de la verdad y del único bien, ya que Dios, a quien rehúsa conocer, es la propia fuente de la bondad. Y si quiere seguir a la justicia, pero desconoce el derecho divino, aceptará las leyes de su pueblo, como si fueran el verdadero derecho; pero esas leyes no son producto de la justicia, sino de la utilidad. Efectivamente, ¿qué otra razón hay que explique que 3 todos los pueblos establecieran leyes diferentes y opuestas,

sino que cada pueblo sancionó como ley propia aquello  
4 que consideró útil para sus propios intereses? Por lo demás,  
en lo que se refiere a la distancia que hay de la utilidad  
a la justicia, lo demuestra el propio pueblo romano, que,  
declarando la guerra a través de los feciales <sup>30</sup>, injuriando,  
robando y tomando con la ley en la mano las cosas ajenas,  
5 se hizo dueño de todo el orbe. Pero ellos se consideran a  
sí mismos justos porque no hacen nada en contra de sus  
leyes, aunque es por lo demás una observancia de las leyes  
que puede ser atribuida al temor, ya que se abstienen de  
6 hacer el mal por miedo al castigo inminente. Pero con-  
cedamos que cumplen los preceptos de las leyes por impe-  
rativo de la naturaleza o, como dice el filósofo, «espontá-  
neamente» <sup>31</sup>. ¿Serán considerados justos por obedecer las  
disposiciones de los hombres, los cuales pudieron equivo-  
carse o ser injustos, como aquellos promulgadores de las  
Doce Tablas <sup>32</sup>, o que, y esto con toda seguridad, se pusie-  
ron al servicio de la utilidad pública en función de los tiem-  
7 pos? Así pues, una cosa es el derecho civil, que varía  
según las costumbres y lugares, y otra la verdadera justi-  
cia, que es uniforme y única, según la propuso Dios a to-  
dos; y quien desconoce a Dios, desconoce necesariamente  
la propia justicia.

8 Pero pensemos que pueda suceder que alguien, por una  
natural e innata bondad, adquiera las verdaderas virtudes,

cual es el caso, según se nos ha transmitido, de Cimón  
en Atenas <sup>33</sup>, el cual dio dinero a los necesitados, hospita-  
lidad a los pobres y vestido a los desnudos; a pesar de  
ello, como le falta lo más importante, el conocimiento de  
Dios, esas buenas acciones suyas son vanas e inútiles, de  
forma que inútilmente se ha esforzado para conseguirlas.  
Y es que toda su justicia será semejante a un cuerpo hu- 9  
mano sin cabeza, el cual, aunque todos sus miembros ten-  
gan su sitio, forma y constitución, sin embargo, puesto  
que le falta lo principal, carecerá de vida y de sentidos.  
Así pues, esos miembros tienen sólo forma de miembros, 10  
pero no la función. Y lo mismo sucede con una cabeza  
sin cuerpo: a ella es semejante aquel que, aun conociendo  
a Dios, es malo, ya que ése sólo tiene lo más importante,  
pero en vano, puesto que le faltan los miembros, que son  
las virtudes. Así pues, para que sea un cuerpo sensible y 11  
sencillo, son necesarios el conocimiento de Dios, como ca-  
beza, y todas las virtudes, como cuerpo. De esta forma  
el hombre será perfecto y estará vivo, aunque toda su fuer-  
za esté en la cabeza, la cual, si bien no puede subsistir  
sin todos los miembros, sí puede sin algunos; en este 12  
último caso se tratará de un animal tarado y débil, pero  
vivirá, de la misma forma que quien conoce a Dios y peca  
en algo: Dios, en efecto, perdona los pecados. Así pues,  
sin algunos miembros se puede vivir; sin la cabeza, de nin-  
guna forma. Ello determina que los filósofos, aunque 13  
sean buenos por naturaleza, no saben, sin embargo, nada,  
y en nada son sabios: toda su ciencia y virtud están priva-  
das de cabeza, porque desconocen a Dios, que es la cabeza  
de la virtud y de la ciencia; y quien no conoce a Dios,  
aunque vea, es ciego; aunque oiga, es sordo; aunque ha-

14 ble, es mudo. Pero en cuanto conozca al creador y padre  
de las cosas, verá, oirá y hablará, ya que empieza a tener  
cabeza, en la cual están colocados todos los sentidos, es  
15 decir, los ojos, los oídos y la lengua. Efectivamente, ve  
aquel que contempla con los ojos del corazón la verdad,  
en la cual está Dios, o a Dios, en el cual está la verdad;  
oye quien fija en su corazón las voces divinas y los precep-  
tos legales; habla quien, al exponer las cosas del cielo, des-  
16 cribe la virtud y la majestad del Dios único. Por ello,  
no hay duda de que es impío quien no conoce a Dios,  
y todas esas virtudes que cree tener o poseer se encuentran  
en esa mortífera vía que está totalmente llena de tinieblas;  
17 en consecuencia, nadie tiene nada de qué jactarse si consi-  
gue esas vanas virtudes, ya que no sólo es desgraciado aquel  
que carece de los bienes presentes, sino que además es ne-  
cio, porque afronta grandes esfuerzos en esta vida para  
18 nada. Efectivamente, una vez perdida la esperanza de in-  
mortalidad —inmortalidad que Dios promete a sus fieles  
y para cuya consecución se debe tender a la virtud y se  
deben soportar todos los males que nos ocurren—, será  
ciertamente una gran necedad querer practicar aquellas vir-  
tudes que en vano proporcionan al hombre calamidades  
19 y esfuerzos. Y es que, si la virtud consiste en soportar y  
afrontar con fortaleza la necesidad, el destierro, el dolor  
y la muerte —cosas temidas por los demás—, ¿qué ventajas  
tiene en sí misma, para que los filósofos digan que ellos  
la buscan por sus valores internos? Sin duda se regodean  
en calamidades vanas e inútiles, cuando podían vivir sin  
20 problemas. Efectivamente, si las almas son mortales, si  
la virtud se queda en nada una vez descompuesto el cuer-  
po, ¿qué sentido tiene rechazar los bienes que se nos pre-  
sentan, como si fuéramos desagradecidos e indignos de dis-  
frutar los dones divinos? Para poseer estos bienes, hay que

vivir entre crímenes e impiedades, ya que, tras la virtud,  
es decir, tras la justicia, va la pobreza. Consiguientemente, 21  
no está en su sano juicio quien, si no tiene una esperanza  
más elevada, prefiere en esta vida el trabajo, el sufrimien-  
to y la miseria a esos bienes que los demás poseen. Pero 22  
si, como ellos mismos dicen con razón, debemos aceptar  
la virtud porque se sabe que el hombre ha nacido para  
ella, es porque debe existir una esperanza más elevada  
que nos proporcionará enorme y extraordinario solaz por  
los males y sufrimientos que nos obliga a soportar la vir-  
tud. La virtud, que por sí misma es dura, no debe ser teni-  
da como un bien sino porque compensa su dureza con  
un bien mucho más elevado. Y, por la misma razón, no 23  
debemos abstenernos de los bienes de esta vida sino por-  
que hay otros mayores, por los cuales merece la pena pres-  
cindir de los placeres y soportar todos los males. Y esos  
bienes mayores no son otros, como mostré en el libro ter-  
cero <sup>34</sup>, que los de la vida eterna. Y esta vida eterna ¿quién  
la puede dar sino Dios, que fue quien ofreció la propia  
virtud?

Así pues, todo se cifra en el conocimiento y culto a 24  
Dios: en él está toda la esperanza y salvación del hombre;  
él es el primer peldaño de la sabiduría, que nos enseñará  
quién es nuestro verdadero padre y nos empujará a seguir-  
le a él solo con la debida piedad, a obedecerle, a servirle  
con toda devoción; y para merecerle, debemos poner toda  
acción, preocupación y trabajo.

10

*Otro aspecto  
del buen camino:  
el sentimiento  
humanitario*

He hablado de las obligaciones para con Dios; ahora hablaré de lo que se debe atribuir al hombre, aunque lo que se atribuya al hombre hay que atribuírselo a Dios, porque el hombre es imagen de

2 Dios. De todas formas, la primera obligación del justo es estar unido con Dios, y la segunda, estarlo con el hombre: lo primero se llama religión, lo segundo misericordia o sentimiento humanitario. Esta última virtud es propia de los justos y de los fieles de Dios, ya que ella sola contiene  
3 la razón de ser de la vida en este mundo. Efectivamente, Dios, que no dio a los demás animales la sabiduría, pero les dio recursos naturales para defenderse de los ataques y peligros, al hombre, al que hizo débil y frágil para dotarle en cambio de la sabiduría, le dio, por encima de todo lo demás, este sentimiento piadoso para que proteja, ame y ayude a los otros hombres y reciba y preste auxilio contra todos los peligros.

4 Así pues, el mayor vínculo de unión entre los hombres es el sentimiento humanitario: quien rompe este vínculo, debe ser considerado maldito y parricida. Efectivamente, si todos nacemos del único hombre que Dios creó, somos sin duda hermanos en la carne y, como consecuencia, debe ser considerado como un gran crimen odiar a otro hom-  
5 bre, aunque sea culpable. Por eso Dios nos ordenó que no tuviéramos nunca enemistades, que las rechazáramos siempre, es decir, que a esos que son nuestros enemigos  
6 les ablandemos recordándoles nuestro parentesco. Es más, si hemos recibido todos el aliento y la vida de un solo Dios, ¿qué otra cosa somos sino hermanos, y hermanos más unidos, puesto que lo somos en el alma, que si lo  
7 fuéramos en el cuerpo? Por ello, no se equivoca Lucrecio cuando dice: «Finalmente, todos somos oriundos de la se-

milla celestial; todos tenemos el mismo padre»<sup>35</sup>. Consiguientemente, han de ser tenidos como bestias crueles quienes hacen daño a un hombre, quienes, contra todo derecho humano y divino, despojan, atormentan, matan, eliminan. Por este parentesco de hermandad Dios nos enseña a no hacer nunca el mal, y a hacer siempre el bien.

Ahora bien, ¿en qué consiste hacer el bien? El propio  
8 Dios nos lo enseña: en auxiliar a los oprimidos y a los que sufren, en compartir el alimento con los que no lo tienen. Y es que Dios, puesto que es piadoso, quiso que  
9 nosotros fuéramos un animal sociable: consiguientemente, debemos mirar por nosotros mismos en los otros hombres. No merecemos ser librados del peligro si no socorremos a otros; no merecemos ayuda si negamos la nuestra. En este sentido, no hay preceptos de los filósofos, ya  
10 que, al estar cautivos en una apariencia de falsa virtud, arrancaron la misericordia del corazón humano y, mientras intentan sanarlo, lo vician. Y, si bien ellos mismos  
11 reconocen con frecuencia que debemos mantener una comunión entre los hombres, de hecho se apartan totalmente de la misma por el excesivo rigor de su inhumana virtud. Hay, pues, que refutar también el error de esos que piensan que no se debe compartir nada con nadie.

Para explicar el origen y la causa de la fundación de  
12 una ciudad, no aducen una sola. Algunos recuerdan que los primeros hombres que nacieron de la tierra, al llevar una vida nómada por las selvas y campos, no tenían entre sí ninguna relación de palabra, ni ningún vínculo de derecho, sino que tenían por cubil los árboles y la hierba, y por casa las cuevas y antros, y que fueron presa de las bestias y animales más fuertes; y que entonces, los que  
13  
14

habían escapado tras ser destrozados por las bestias, o los que habían visto despedazar al que estaba a su lado, dándose cuenta del peligro que corrían, huyeron hacia otros hombres, imploraron protección, y empezaron a manifestar sus deseos, en primer lugar con señas; después, intentaron comenzar a hablar y, dando a cada cosa su nombre, perfeccionaron poco a poco el lenguaje. Y, cuando se dieron cuenta de que al ser ya muchos tenían que defenderse contra las bestias, empezaron también a construir fortalezas, ya para asegurarse una noche tranquila, ya para rechazar las incursiones y ataques de las bestias, no entrando con ellas en lucha, sino oponiendo defensas<sup>36</sup>.

16 ¡Oh inteligencias indignas de hombres, que divulgaron estas tonterías! ¡Oh míseros y miserables quienes pusieron por escrito para el recuerdo su propia necedad! Y es que, a pesar de que veían que también en los animales mudos se observa esa congénita tendencia a convivir, a buscarse los unos a los otros, a evitar el peligro, a precaver los desastres, o a proporcionarse cubil o escondrijos, pensaron, sin embargo que los propios hombres, si no hubiese sido por la experiencia, no habrían podido advertir ni aprender qué era lo que debían temer, evitar o hacer; es decir, que nunca se habrían reunido los hombres, ni habrían encontrado la forma del lenguaje, si no hubiesen sido comidos por las bestias.

18 A otros, esto les parece ridículo: hubo quienes dijeron que no fueron los destrozos de las bestias los que indujeron a los hombres a unirse, sino más bien su propio sentimiento humanitario; y que, consiguientemente, se unieron

porque la naturaleza humana huye de la soledad y busca la comunidad y sociedad.

No hay gran diferencia entre los que piensan una cosa<sup>19</sup> y otra, ya que, si bien aducen causas distintas, el resultado final es el mismo. Pudieron suceder, efectivamente, las dos cosas, ya que no son contradictorias; pero ninguna de las dos es cierta, ya que no es cierto que los hombres aparecieron por toda la tierra nacidos de la tierra, como si salieran de semillas consistentes en dientes de dragón, tal como quieren los poetas<sup>37</sup>, sino que un solo hombre fue creado por Dios y, a partir de él, se llenó toda la tierra de hombres, de la misma forma que se volvió a llenar tras el diluvio, cosa que no pueden negar. Así pues, no hubo en un primer momento una aglomeración de ese tipo, ni hubo un momento en la tierra en que los hombres no hablaran, excepto en su infancia: esto lo entiende quien tenga sentido común. Supongamos, sin embargo, que son ciertas<sup>21</sup> esas cosas que se inventan los viejos ociosos e ineptos, para poder refutarlos mejor desde sus pensamientos y razones. Si los hombres se unieron para proteger su debilidad<sup>22</sup> ayudándose mutuamente, hay que concluir que se debe socorrer al hombre que necesita ayuda; efectivamente, si los<sup>23</sup> hombres iniciaron y sancionaron una comunidad con los hombres en aras de su propia protección, debe considerarse como el mayor de los pecados el violar y el no conservar esa alianza, asegurada entre los hombres desde sus propios orígenes. Y es que quien se niega a prestar ayuda, también renuncia necesariamente a recibirla, ya que quien niega su ayuda a otros, piensa que él no necesita la de nadie; y ese que por propia voluntad se aleja y aparta del cuerpo,<sup>25</sup> vivirá, no como los hombres, sino como las fieras. Y si

esto es imposible, hay que aceptar de todas formas el vínculo social, ya que el hombre no puede vivir de ninguna forma sin los hombres. Y lo que mantiene la unidad de la sociedad es el sentido comunitario, es decir, el sentido de prestar ayuda para poder después recibirla. Y si, como quieren aquellos otros, la unión entre los hombres tiene como punto de partida su propio sentido humanitario, el hombre debe necesariamente reconocer a los otros hombres. Y si esto lo hicieron hombres rudos y todavía fieros, y lo hicieron cuando todavía no existía el lenguaje, ¿qué pensaremos que deben hacer estos hombres cultos, relacionados entre sí por la lengua y el intercambio de todo tipo de cosas y que, acostumbrados a los otros hombres, no pueden soportar la soledad?

11 Hay, pues, que mantener el humanitarismo, si queremos con razón ser llamados hombres. Y en lo que se refiere a eso —lo de mantener el humanitarismo— ¿qué otra cosa es sino amar al hombre, ya que el hombre es un ser idéntico a nosotros? La discordia, pues, y la disensión no están de acuerdo con la esencia del hombre; es, pues, cierto aquello que dice Cicerón de que «el hombre fiel a la naturaleza no puede hacer daño al hombre»<sup>38</sup>. Consiguientemente, si hacer daño al hombre va contra la naturaleza, hacerle bien estará necesariamente de acuerdo con ella. Quien no lo hace, se despoja a sí mismo de la denominación de hombre, puesto que su calidad de hombre le obliga a venir en ayuda de las necesidades y peligros del hombre. Pues bien, a esos que piensan que no es propio de un sabio doblegarse y compadecerse yo les pregunto: si un hombre apresado por una bestia pi-

de auxilio a un hombre armado, ¿pensáis que se le debe socorrer o no? No son tan desvergonzados que digan que no se debe hacer lo que pide, cosa que viene exigida por el sentimiento humanitario. Otro caso: si alguien está rodeado por el fuego, es cogido en un derrumbamiento, caído en las aguas del mar, arrastrado por un río, ¿pensáis que es propio de un hombre no auxiliarle? No son hombres si piensan así —y es que nadie puede verse libre de peligros de este tipo—; más bien dirán que salvar al que está en peligro de muerte es propio de un hombre y de un varón fuerte. Pues bien, si en casos de este tipo aceptan que es humanitario el prestar auxilio, ya que se trata de casos que comportan peligro para la vida del hombre, ¿qué razón hay para que no piensen que se debe también socorrer cuando alguien tiene hambre, sed o frío? Si bien estas situaciones son por naturaleza idénticas a aquellas otras situaciones ocasionales, para ellos, sin embargo, hay diferencias, porque lo miden todo, no por el valor real de las cosas, sino por su utilidad momentánea. Efectivamente, de aquellos a los que sacan del peligro esperan que les devuelvan el favor, mientras que de los necesitados, puesto que no esperan nada de ellos, piensan que se pierde todo lo que se haga en favor de los mismos. De ahí esa detestable opinión de Plauto: «Malos merecimientos hace quien da a un mendigo de comer, ya que pierde lo que da y alarga la miserable vida de aquél»<sup>39</sup>. De todas formas, quizás el poeta habló aquí en función de la caracterización del personaje. Pero ¿no aconseja también esto mismo —que no hay que ser generoso— Marco Tulio en sus libros *Sobre los deberes*? Dice, en efecto, esto: «Toda generosidad que se ejerza a base de la hacienda familiar,

agota la propia fuente de la generosidad. De esta forma, la generosidad es eliminada por la propia generosidad: cuanto más uso se haga de ella, con tantos menos se podrá ejercer». Y poco después: «¿Qué cosa hay más necia que ejercer la generosidad, cuando no está en tus manos hacerlo largo tiempo?»<sup>40</sup>. He aquí cómo este maestro de la sabiduría frena el sentimiento humanitario de los hombres y les aconseja que guarden cuidadosamente su hacienda familiar y que prefieran cuidar la hucha que la justicia.

11 El propio Cicerón, al darse cuenta de que esto es inhumano e impío, dice después, en otro capítulo, como arrepentido, esto: «De vez en cuando, sin embargo, hay que ser generoso, no se debe rechazar radicalmente este tipo de generosidad y conviene con frecuencia dar algo de la propia hacienda a los hombres necesitados que lo merezcan»<sup>41</sup>.

12 ¿Qué quiere decir con «que lo merezcan»? Sin duda se refiere a aquellos que puedan restituir y devolver el favor. Si Cicerón viviera todavía, yo le diría a voces: «Aquí, aquí, Marco Tulio, abdicaste de la verdadera justicia y la eliminaste con una sola palabra, ya que has valorado las obligaciones de la piedad y del sentimiento humanitario en función de su utilitarismo. Y es que no sólo se debe ser generoso con los que lo merezcan, sino, en la medida de lo posible, también con los que no lo merezcan, ya que la justicia, la piedad y el humanitarismo consisten en ejercerlos sin esperanza de recompensa. Ésta es la verdadera y genuina justicia, de la que tú dices no tener una sólida

14 y clara imagen<sup>42</sup>. Tú mismo declaras en muchos sitios<sup>43</sup>

que la virtud no es mercenaria y confiesas en tus libros *Sobre las leyes* que la generosidad es gratuita con estas palabras: 'No hay duda de que quien se llama liberal y generoso, persigue una obligación, no un provecho'<sup>44</sup>. Pues bien, ¿qué otra cosa persigues con tu generosidad para con 'los que lo merecen' sino recibir después el pago? Con-

15 siguientemente, con tu autoridad y consejos sobre la bondad, todo aquel que no lo merezca morirá de desnudez, sed y hambre, y los hombres ricos y sobrados hasta permitirse placeres no socorrerán las necesidades más perentorias. Si la virtud no exige recompensa, 'sí', como tú dices,

16 'ha de ser buscada por sus valores internos'<sup>45</sup>, estima, en consecuencia, a la justicia, que es la madre y primera de las virtudes, en función de su valor y no en función de tu interés, y sé generoso sobre todo con aquel del que nada esperas. ¿Por qué eliges a las personas? ¿Por qué tienes

17 en cuenta a los individuos? Debes considerar como hombre a aquel que se dirige a ti con súplicas, precisamente porque él te considera a ti hombre. Rechaza 'esas sombras

18 e imágenes de justicia' y quédate con la verdadera y 'clara justicia'<sup>46</sup>. Sé generoso con los ciegos, débiles, cojos y abandonados, los cuales, si no los socorres, morirán; ellos son inútiles para los hombres, pero útiles para Dios, que los mantiene vivos, les obsequia con el alma y los honra con la luz. Ayuda en la medida que te sea posible y sustenta,

19 desde tu sentimiento humanitario, las vidas de los hombres, para que no se extingan. Quien puede socorrer al que está en peligro de muerte y no le socorre, mata».

Pero ellos, al no respetar la naturaleza y al no saber en qué consiste la verdadera recompensa, mientras

tratan recelosos de no perder, pierden, y caen en lo que con más fuerza han tratado de evitar, de forma que cualquier gesto generoso que hagan, o bien desaparece total-  
21 mente, o bien sirve para muy poco tiempo. Efectivamente, quienes niegan a los pobres el más pequeño obsequio, queriendo así conservar sin detrimento su condición humana, dilapidan su patrimonio para alcanzar objetivos perecederos y frágiles o, ciertamente, para no conseguir nada, a  
22 cambio de un gran perjuicio para ellos. Y es que ¿qué se puede decir de esos que, dejándose llevar por la frivolidad del pueblo, gastan en la sufragación de espectáculos sumas de dinero que serían suficientes para mantener incluso grandes ciudades, sino que están dementes y locos, ya que dan al pueblo algo que ellos mismos pierden y que  
23 no llegará a aquellos a quienes se ofrece? Consiguientemente, como todo placer es caduco y breve, sobre todo el placer de los ojos y de los oídos, los hombres o bien se olvidan y desagradecen los sacrificios de los otros, o bien incluso se sienten ofendidos, si no se da plena satisfacción a los caprichos del pueblo; de esta forma, esos malvados consiguen un mal a cambio de otro mal o, en el caso de que tengan éxito, no consiguen nada más que vanos aplausos y que se hable de ellos durante unos pocos días: así, se gastan todos los días en esas cosas vanas los patrimonios de hombres ligeros.

24 ¿Actúan acaso con más sabiduría esos que hacen a sus conciudadanos regalos más útiles y duraderos, es decir, esos que buscan fama para su nombre haciendo obras de interés público? Ni siquiera éstos actúan con rectitud: sepultan sus bienes en la tierra, porque el recuerdo de nada sirve a los muertos, ni sus obras son eternas, ya que o se caen y arruinan con el primer temblor de tierra, o son consumidas por un incendio casual, o destruidas por algún

asalto del enemigo, o —y de esto no hay duda— caen disipadas por el propio paso del tiempo. «No hay nada, en  
25 efecto», como dice el orador, «hecho por el trabajo y la mano del hombre que no sea agotado y consumido por el paso del tiempo. Pero esta justicia y clemencia florece-  
26 rán cada día más»<sup>47</sup>. Así pues, éstos actúan mejor que aquellos que son generosos con sus compañeros de tribu o con sus clientes<sup>48</sup> —hacen, en efecto, cosas útiles para los hombres—, pero no es ello la verdadera y justa generosidad. Y es que no hay beneficencia donde no hay necesi-  
27 dad: por ello, lo que se da gratuitamente a los no necesitados, o bien se pierde, o bien nos vuelve con intereses; y eso no es beneficencia. Si bien ello es agradable para el que lo recibe, no es sin embargo justo, porque, si no se hace, no se sigue ningún mal. Así pues, la única obligación  
28 cierta y verdadera de la generosidad consiste en sustentar a los necesitados e inútiles.

Ésta es la perfecta justicia que mira  
12 por esa sociedad humana de la que hablan los filósofos; éste es el más grande y auténtico fruto de las riquezas: hacer uso de ellas, no para el propio placer de uno solo, sino para el bien de muchos; no para obtener un fruto propio momentáneo, sino para alcanzar la justicia, que es la única que no perece. Hay que procurar, pues, por  
2 todos los medios alejar radicalmente del ejercicio de la misericordia la esperanza de recompensa: y es que el premio de la acción y del ejercicio de ella ha de esperarse sólo

*Algunas  
manifestaciones  
del sentimiento  
humanitario*

de Dios, porque, si lo esperas del hombre, ya no es humanitarismo, sino prestación a interés del favor; ni puede dar la impresión de que hace merecimientos aquel que, lo que hace, lo hace para sí y no para otro. De todas formas, el resultado final es el mismo, porque quien hace un favor a otro sin esperar recompensa de él se está haciendo un favor a sí mismo, porque recibirá la recompensa de Dios.

3 Es más, Dios nos ordenó que, si en alguna ocasión preparamos una cena, debemos invitar al banquete a aquellos que a su vez no pueden invitarnos ni devolvérselo <sup>49</sup>, para que ningún acto de nuestra vida carezca del don de la misericordia. A pesar de ello, que nadie piense que tiene prohibido el compartir con los amigos o el practicar la caridad con los vecinos; lo que nos enseñó Dios es en qué consiste la obra verdadera y justa: debemos vivir con el vecino, con tal de que sepamos que lo primero es una obligación humana, y lo segundo una obligación divina <sup>50</sup>.

5 Así pues, la hospitalidad es una virtud importante, cosa que dicen también los filósofos; pero éstos la alejan de la verdadera justicia y la adaptan violentamente a su interés: «Con razón», dice Cicerón, «la hospitalidad es alabada por Teofrasto. Es, en efecto, muy hermoso, o al menos así me lo parece a mí, que la casa de hombres ilustres se abra a hombres ilustres» <sup>51</sup>. De esta forma, Cicerón erró de nuevo, de la misma forma que erró cuando dijo que había que ser generoso con los que «lo merecen» <sup>52</sup>; y es que la casa de un hombre justo y sabio debe estar abierta, no para

los ilustres, sino para los humildes y despreciados, ya que los ilustres y poderosos no pueden tener necesidad de nada, porque su opulencia les protege y ensalza; y el hombre justo sólo debe hacer obras de beneficencia; y una obra de beneficencia, si es recompensada, perece y acaba, ya que no es totalmente nuestro aquello por lo que se nos paga un precio. Así pues, la esencia de la bondad está en aquellas obras benéficas que permanecen íntegras e incorruptas; y no permanecen íntegras e incorruptas si no se hacen en aquellas personas que de ninguna forma pueden a su vez ser útiles. Pero Cicerón, al hablar de la hospitalidad para con hombres ilustres, no esperó otra cosa que la propia utilidad y el listo de él no disimuló qué recompensa esperaba de ello; dice, en efecto, que «quien haga esto, será poderoso ante los extranjeros por los favores que ha dispensado a sus príncipes, a los que ha atado a sí mismo, en virtud de los lazos jurídicos de la hospitalidad y de la amistad» <sup>53</sup>. ¡Oh! ¡Con qué gran cantidad de argumentos podría refutar, si lo hiciera, la inconsistencia ciceroniana! Es más, podría ser refutado no tanto con mis palabras como con las suyas. Él mismo dice, en efecto: «En la medida en que con mayor interés cada uno reduce y hace lo que hace en función de su utilidad, en tanto menor grado es un hombre bueno» <sup>54</sup>. Él mismo dice también que no «es propio de un hombre sencillo y abierto ser ambicioso; simular y fingir algo; dar la impresión de hacer una cosa, cuando se hace otra; fingir que se está haciendo un favor a otro, cuando se lo está haciendo a sí mismo; todo esto es más bien propio de un hombre mali-

12 cioso, astuto, falaz y doloso»<sup>55</sup>. ¿Cómo, pues, podría de-  
fender que esa interesada hospitalidad no era maliciosa?  
Resulta que andas por todas las puertas, para invitar a que  
vengan a tu casa los príncipes del pueblo y de las ciudades,  
para conseguir por medio de ellos poder entre sus ciudada-  
13 narios, y ¿quieres dar la impresión de ser justo, humano y hos-  
pitalario, cuando estás mirando por tu propio interés? De  
todas formas, Cicerón se enredó en estos lazos a concien-  
cia y a sabiendas, no incautamente —ello no coincide de  
ninguna forma con sus cualidades—, sino por ignorancia  
14 del verdadero derecho; para que se le perdonara esto, él  
mismo reconoció que «él no daba preceptos en orden a la  
verdadera justicia, que él desconocía, sino en orden a  
una sombra e imagen de justicia»<sup>56</sup>. Hay, pues, que per-  
donar a este sombrío e imaginario maestro, y no hay que  
exigirle la verdad que él confiesa desconocer.

15 Otra obra buena, importante y digna, es la redención  
de cautivos; esto lo aceptó el mismo Tulio: «Es también  
útil para el estado este acto de misericordia: redimir de  
la servidumbre a los cautivos, dar dinero a los débiles. Yo  
antepongo con mucho esta costumbre de hacer el bien a  
la generosa realización de obras; ella es propia de hombres  
16 serios y grandes»<sup>57</sup>. Es, pues, una obra propia de justos  
alimentar a los pobres y redimir a los cautivos, ya que  
quien hace esto es llamado serio y grande, máxime entre  
los malos: y es que son muy dignos de alabanzas aquellos  
que hacen bien sin que nadie esperara de ellos que lo iban  
17 a hacer; pues quien hace bien a un pariente, a un cercano  
o a un amigo, no merece ninguna alabanza, o, al menos,

no merece una alabanza grande, ya que eso tenía obliga-  
ción de hacerlo; y sería impío y detestable si no hiciera  
eso que le exigen la propia naturaleza y la obligación; y si  
lo hace, lo hace no tanto para conseguir gloria como para  
evitar la crítica. Pero quien hace eso a un extraño y des- 18  
conocido, es ciertamente digno de alabanza, puesto que,  
para hacerlo, sólo ha sido empujado por su sentimiento  
humanitario. Hay, pues, bondad allí donde no hay ningún  
vínculo de obligación que empuje a hacer el bien. Consi- 19  
guientemente, Cicerón no debió anteponer la costumbre de  
hacer el bien a la generosa realización de favores: ello es  
una función del que compara y elige, entre dos bienes, el  
mejor; pero esa generosidad de los hombres que dilapidan 20  
su patrimonio en obras es vana, liviana y está alejada de  
toda justicia; por ello, no debe ni siquiera ser llamado obra  
aquello en lo cual no se beneficia sino quien no merece  
beneficiarse.

No menor obra buena es proteger y defender a los huér- 21  
fanos y viudas abandonados y necesitados de ayuda. Esto  
lo prescribió la ley divina para todos: efectivamente, todos  
los buenos jueces piensan que es obligación suya defender  
por humanitarismo natural a éstos y procurar serles útiles.  
Pero estas obras son típicamente nuestras, ya que somos 22  
nosotros los que hemos recibido la ley y las palabras del  
propio Dios que lo prescribió. Efectivamente, ellos intuyen  
por naturaleza que es justo proteger a los que carecen de  
tutela, pero no comprenden por qué es así. Y es que 23  
Dios, cuya clemencia es perpetua, ordena que las viudas  
y huérfanos sean defendidos y ayudados para que nadie  
se vea impedido, por el cariño y compasión hacia sus seres  
queridos, de afrontar la muerte por la justicia y la fe, y  
la Afronte en cambio sin dilación y con fortaleza al saber

que deja a sus seres queridos en manos de Dios y que no les faltará nunca ayuda.

24 Igualmente, es de gran humanitarismo y eficacia aceptar el cuidado y protección de los enfermos que no tienen a nadie que los asista: quien hace esto, ofrece a Dios una hostia viva y lo que dé a otro en esta vida, lo recibirá de Dios en la eternidad.

25 El último y mayor acto de piedad es dar sepultura a los peregrinos y pobres: esto no lo tocaron en absoluto aquellos maestros de la virtud y la justicia. Y es que no podían ver esto quienes valoraban todas sus acciones en

26 función de la utilidad. En cuanto a las demás buenas acciones que se han enumerado, aunque no comprendieron su auténtico significado, sin embargo, al ver que de ellas podían conseguir alguna ganancia, se acercaron algo a ellas, atraídos por una especie de olfato hacia la verdad; pero en lo que se refiere a esta última acción, como no podían

27 ver en ella ninguna ganancia, la dejaron a un lado. Es más, no faltaron quienes consideraron inútil dar sepultura y dijeron que no tenía nada de malo quedar tirado sin sepultura. Su impía sabiduría es rechazada por todo el género humano, pero sobre todo por la palabra de Dios, que

28 ordena hacer esto. De todas formas, ellos no se atreven a decir que no se debe hacer esto, sino que, si no se hace, ello no supone ningún perjuicio. De esta forma, en este tema desempeñan el papel no tanto de preceptores como de consoladores, para que, si casualmente le ocurre esto a un sabio, no piense que por ello es un desgraciado.

29 Nosotros, sin embargo, no decimos qué es lo que debe soportar un sabio, sino qué es lo que debe hacer. Por ello, no nos preguntamos ahora si es útil o no todo el proceso del enterramiento; está claro que, aunque sea vano, como ellos piensan, debe hacerse, aunque sólo sea por esto: por-

que entre los hombres ello está considerado como acción buena y humana; y es que por lo que nosotros nos preocupamos es por el alma y lo que valoramos es la intención. En consecuencia, no soportaremos que la imagen e imitación de Dios quede para botín de las fieras y de las aves, sino que la devolvemos a la tierra de donde salió; y aunque se trate de un desconocido practicaremos las exequias que deberían hacer sus parientes, cuyo lugar —puesto que ellos faltan— es ocupado por nuestro sentimiento humanitario; y dondequiera que haga falta un hombre, allí consideraremos que está nuestra obligación. Y ¿dónde tiene 30 más sentido la justicia que en ayudar a los nuestros por afecto y a los extraños por humanitarismo? Y este humanitarismo es mucho más firme y justo cuando se practica, no con un hombre que ya no siente, sino con Dios solamente, para el cual las buenas acciones son el sacrificio más apreciado.

Quizás alguien diga: «Si hago todo esto, me quedaré 32 sin nada. Y ¿de qué me sirve? Si el número de hombres que están necesitados, que tienen frío, que están presos y que mueren, es tan grande que el que haga esas obras se verá necesariamente privado de su patrimonio incluso en un solo día, ¿voy a perder toda mi hacienda, conseguida con mi esfuerzo o con el de mis antepasados, para tener que vivir yo mismo de la misericordia ajena?». Y ¿qué? 33 ¿Acaso tienes un espíritu tan mezquino que temes la pobreza que alabaron incluso nuestros filósofos y de la cual dicen que no hay nada más seguro ni más tranquilo que ella? Eso que temes es la meta de tus preocupaciones; o ¿es que 34 no sabes a qué peligros y a qué suerte estás expuesto con esas malas riquezas? Éstas serán buenas para ti si pasan sin derramar tu sangre; pero marchas cargado de botín y llevas una carga que irrita incluso a los tuyos. ¿Por qué 35

dudas entonces en dar buen destino a esto que quizás te será arrebatado en un robo, o en una proscripción decretada de pronto o en una irrupción del enemigo? ¿Por qué dudas en convertir en eternos estos bienes dudosos y frágiles o en confiar la custodia de tus tesoros a Dios, a cuyo lado no debes temer a ladrones, ni a bandidos, ni a la herrumbre, ni a tiranos? Quien es rico al lado de Dios, no puede ser nunca pobre. Si es que estimas la justicia, síguela después de abandonar las desagradables cargas que te oprimen, libérate de las ataduras y cadenas, para correr libre hacia Dios; es propio de un alma grande y excelsa despreiciar y pisar las cosas mortales. Pero si no eres capaz de alcanzar la virtud, de forma que pongas tus riquezas en el altar de Dios y consigas lo importante a partir de acciones insignificantes, yo te quitaré el miedo. Todos estos preceptos no van dirigidos sólo a ti, sino a todo el pueblo, que tiene la misma mentalidad y que se apiña como un solo hombre. Si tú solo no eres capaz de grandes obras, practica en la medida de tus fuerzas la justicia; que así al menos sobresalgas entre los demás por tus obras, de la misma forma que sobresales por tus riquezas. Y no pienses que se te está aconsejando minorar o agotar tu hacienda familiar, sino que gastes en mejores fines las cosas que ibas a gastar en vanidades. Lo que gastas en comprar animales, dedícalo a redimir cautivos; lo que gastas en alimentar fieras, dedícalo a alimentar pobres; lo que gastas en comprar gladiadores<sup>58</sup>, dedícalo a sepultar muertos inocentes. ¿De qué sirve convertir en ricos a los malvados verdugos e instruirlos en la flagelación? Dedicar al gran sa-

crificio las riquezas que han de desaparecer de mala forma, para que a cambio de esta verdadera dedicación obtengas de Dios un don eterno. Grande es la recompensa del misericordioso, al cual Dios promete la remisión de todos los pecados; «si escuchas», dice, «las preces del que te suplica, yo escucharé las tuyas; si te compadeces de los que sufren, yo me compadeceré de tus sufrimientos; pero si no los miras ni los ayudas, yo actuaré contigo de la misma forma y te juzgaré con tus leyes»<sup>59</sup>.

Cuantas veces, pues, seas rogado, piensa que Dios está probando si eres digno de ser oído. Examina tu conciencia y cura, en la medida que puedas, las heridas.

De todas formas, no pienses que se te da licencia para pecar por el hecho de que los pecados se borren con obras de misericordia: se borran si haces la obra de misericordia porque has pecado; pero si pecas confiando en ser después generoso, los pecados no se borran. Y es que Dios desea especialmente que el hombre esté limpio de pecados y, por ello, manda hacer penitencia; y hacer penitencia no es otra cosa que prometer y asegurar que no se va a pecar en adelante. Consiguientemente, hay perdón para los que pecan imprudente e incautamente, pero no tiene perdón quien peca a sabiendas. Pero tampoco, si alguien está libre de toda mancha de pecado, piense que está exento de obras de misericordia por no tener pecados que borrar. Todo lo contrario; cuando ya se es justo, se debe practicar aún más la justicia, para que lo que antes se había hecho para curar las heridas, se haga después para gloria y alabanza de la virtud. A ello se

suma el hecho de que no puede haber nadie sin culpa desde el momento en que está cargado con la cobertura de la carne; su debilidad está expuesta al dominio de la carne de tres formas: en los actos, en las palabras y en los pensamientos; por estos peldaños llega la justicia al más alto 6 techo. El primer peldaño de la virtud consiste en abstenerse de las malas acciones; el segundo, abstenerse de las malas 7 palabras; y el tercero, de los malos pensamientos. Quien supera el primer peldaño, es bastante justo; quien supera el segundo ha conseguido una virtud perfecta, ya que no peca ni de hecho ni de palabra; y quien supera el tercero da la impresión de haber conseguido ser semejante a Dios; 8 y es que es casi sobrehumano no admitir ni siquiera en el pensamiento lo que, de hecho o de palabra, es malo y 9 vicioso. Efectivamente, incluso los hombres buenos, que pueden abstenerse de toda obra mala, a veces, sin embargo, se dejan llevar por la propia fragilidad, pronunciando en un arrebato de ira malas palabras, o deseando, en un callado pensamiento, cosas aparentemente agradables. 10 Y si la condición mortal no deja que haya un hombre limpio de toda mancha, deben los hombres hacer constantes obras de misericordia para borrar los pecados de la 11 carne. La única obra, pues, del hombre sabio, justo y de este mundo consiste en dedicar sus riquezas sólo a la práctica del bien: quien esté necesitado de bien, aunque sea más rico que Creso o Craso, ha de ser considerado 12 pobre, desnudo y mendigo. Hay que procurar, pues, estar vestido del hábito de la justicia, del que nadie nos puede 13 privar, y que nos proporcione adorno eterno. Pues si los adoradores de los dioses adoran estatuas insensibles y gastan en ellas todo lo que tienen de riqueza —riqueza que no pueden usar ni agradecer por haberla recibido—, ¿cuánto más justo y seguro es adorar a las imágenes vivas de

Dios, para merecer un Dios vivo? De la misma forma 14 que esas imágenes utilizan lo que se les ofrece y lo agradecen, así también Dios, en cuya presencia haces el bien, lo aprobará y te dará la recompensa de tu piedad.

Así pues, si la misericordia es un bien 14 magnífico y excelente en el hombre y si este bien es considerado como extraordinario en los testimonios divinos y en el consentimiento de buenos y malos, está claro que los filósofos estuvieron muy lejos del bien humano, ya que ni ordenaron ni hicieron nada de este tipo, sino que consideraron como un vicio a la virtud, que es casi la característica fundamental del hombre. Me place en 2 este punto traer a colación un argumento filosófico, para refutar de raíz los errores de aquellos que llaman enfermedades del alma a la misericordia, a la pasión y al miedo. Los filósofos tratan de separar los vicios de las virtudes: 3 cosa ciertamente facilísima. ¿Quién no puede, en efecto, separar al liberal del pródigo, como hacen ellos; al parco del mezquino; al tranquilo del vago; al cauto del tímido, ya que las virtudes tienen sus propios límites? Si pasan esos límites, se convierten en vicios, de forma que la firmeza, si no se utiliza en defensa de la verdad, se convierte en petulancia; y la valentía, si afronta peligros seguros 4 sin que haya necesidad o sin que haya una causa honesta, se convierte en temeridad; la libertad, si persigue a los demás, en lugar de oponerse a los perseguidores, se convierte en arrogancia; y la severidad, si no se limita a castigar a los culpables dentro de límites apropiados, se convierte en feroz crueldad. Por consiguiente, dicen que 5 aquellos que parecen malos no pecan voluntariamente ni eligen preferentemente el mal, sino que caen en él arrastrados por el señuelo del bien, ya que no saben diferenciar

*Los filósofos  
paganos  
no apreciaron  
la misericordia*

6 entre el mal y el bien. Esto, en verdad, no es falso, pero está todo ello en relación con el cuerpo. Efectivamente, el ser parco, firme, cauto, tranquilo, valiente o severo, es ciertamente una virtud, pero virtud de esta vida pasajera. Nosotros, sin embargo, que despreciamos esta vida, tenemos como meta otras virtudes, que los filósofos no pudieron en ninguno de sus razonamientos ni siquiera sospechar.

7 Así pues, ellos tuvieron como vicios algunas virtudes y como virtudes algunos vicios. Los estoicos, en efecto, sacan de la condición humana todos los sentimientos en cuyos impulsos se mueve el alma: la pasión, la alegría, el miedo, la tristeza; de ellos, los dos primeros son consecuencia de bienes, ya futuros, ya presentes, y los dos segundos, de males. De igual forma, llaman, como dije, 8 enfermedades a estos cuatro sentimientos, enfermedades no tanto innatas por naturaleza como contraídas a causa de mala información; y por ello piensan que pueden ser extirpadas de raíz, si se elimina esa falsa información sobre 9 el bien y el mal; efectivamente, si el sabio piensa que nada hay bueno ni nada malo, no arderá en deseos, ni saltará de alegría, ni temblará de miedo, ni será oprimido 10 por la tristeza. Después veremos si consiguen lo que quieren o qué es lo que consiguen. Entre tanto, refutamos su teoría arrogante y casi loca, ya que piensan poder remediar y oponerse a la fuerza y proceder racional de la naturaleza.

15 *Las pasiones no pueden ser extirpadas, sino que deben ser moderadas* Efectivamente, todos esos sentimientos nos vienen impuestos por la naturaleza y no por nuestra voluntad, como lo demuestra la forma de vida de todos los seres, forma de vida que se ve azotada 2 por todos estos sentimientos; tienen, pues, razón los peripatéticos cuando dicen que éstos no pueden ser totalmente

erradicados, porque han nacido con nosotros, e intentan demostrar además que Dios, o la naturaleza —pues así llaman ellos a Dios—, ha actuado con gran providencia y necesidad al proveernos de estos sentimientos; y que estos sentimientos, por otro lado, puesto que se convierten frecuentemente en vicios, si son exagerados, pueden ser saludablemente administrados por el hombre con la debida moderación, de forma que quede de ellos, tanto para el hombre como para la naturaleza, sólo lo justo. No es, 3 pues, un análisis sin sentido el de los peripatéticos si, como dije, no se reducen todos estos sentimientos sólo a la vida. Los que sí están locos son los estoicos, que no moderan sus sentimientos, sino que los extirpan y pretenden, de la forma que sea, privar al hombre de sus tendencias naturales. Esto es lo mismo que si quisieran quitar el miedo a los ciervos, el veneno a las serpientes, la ferocidad a las fieras, la apacibilidad natural a los animales domésticos. Y estas cualidades, que han sido concedidas a los animales mudos individualmente, las tiene el hombre todas al mismo tiempo. Y si, como dicen los médicos, la sede 4 de la alegría está en el bazo, la de la ira en la hiel, la del placer en el hígado, y la del temor en el corazón, es más fácil matar al propio animal que arrancarle alguno de estos sentimientos de su cuerpo: esto es, en definitiva, querer cambiar la naturaleza de un ser vivo. Pero estos 5 hombres sabios no entienden que, al arrancar del hombre los vicios, arrancan también la virtud, que es a la única a la que ceden aquéllos el puesto <sup>60</sup>. Efectivamente, si la virtud consiste en frenarse y reprimirse a uno mismo en medio de la explosión de la ira, cosa que ellos no pueden

negar, hay que concluir que quien no tiene arrebatos de ira no tiene virtud. Si la virtud consiste en contener la pasión corporal, necesariamente carecerá de virtud quien no tiene pasiones que frenar. Si la virtud consiste en reprimir el deseo de poseer lo ajeno, no puede ciertamente tener virtud quien carece de aquello para cuya represión se exige la práctica de la virtud. En consecuencia, cuando no hay vicios, no hay lugar para la virtud, como no hay lugar para la victoria cuando no hay adversario alguno. De esta forma sucede que en esta vida no puede existir bien sin mal. Las pasiones son, pues, algo así como la fertilidad natural del alma; efectivamente, de la misma forma que el campo fecundo por naturaleza produce muchas espinas, así también el alma no cultivada se ve cubierta, cual si de arbustos espinosos se tratara, de vicios que crecen espontáneamente; pero cuando se acerca el verdadero cultivador, en el acto ceden los vicios y salen los frutos de la virtud.

Así pues, Dios, cuando hizo al primer hombre, le infundió en primer lugar, con admirable providencia, estos sentimientos del alma para que pudiera alcanzar la virtud, como la tierra alcanza el cultivo, y puso en estos sentimientos madera de vicio, y madera de virtud en los vicios. La virtud, sin duda, no existiría o no podría ejercitarse si faltaran aquellos vicios, gracias a los cuales se manifiesta y subsiste.

Veamos ahora qué han hecho quienes erradican los vicios. Puesto que saben que esos cuatro sentimientos —de los cuales piensan que han nacido de ideas preconcebidas sobre el bien y sobre el mal, y que su desaparición es condición necesaria para que el alma del sabio esté sana— son en nosotros innatos por naturaleza y que sin ellos nada se puede hacer ni mover, colocan en su lugar y puesto otros

sentimientos del alma. Sustituyen el deseo por la voluntad, como si no fuera mucho mejor desear un bien que querer [un mal]; igualmente, sustituyen la alegría por gozo, y el miedo por cautela. Pero en el cuarto sentimiento les falla el procedimiento del cambio de nombre; por ello eliminaron radicalmente la ansiedad, es decir, la tristeza y dolor de ánimo: pero esto es imposible. Efectivamente, ¿quién será capaz de no dolerse si una peste esquilma la ciudad, o el enemigo la asola, o un tirano la oprime? ¿Puede alguien no dolerse si ve arrebatada su libertad, si ve aniquilados o cruelmente atormentados a sus parientes, a sus amigos o a personas buenas? A no ser que se trate de alguien cuya mente esté tan ofuscada que haya perdido toda sensibilidad. Pues bien, o bien debieron eliminar los cuatro sentimientos, o bien completar este manco y débil análisis, es decir, debieron poner algo en el lugar de la tristeza, ya que, con las premisas anteriores, ésta era la consecuencia natural. Y es que, de la misma forma que nos alegramos con los bienes presentes, así también nos angustiamos y dolemos con los males; consiguientemente, si a la alegría, al considerarla viciosa, le pusieron otro nombre, también a la tristeza, puesto que también a ésta la consideran viciosa, le debieron poner otro nombre. De ahí queda claro que lo que les fallaba no era el contenido, sino la palabra; y al faltarles la palabra pretendieron eliminar totalmente, en contra de lo que permite la naturaleza, el sentimiento más fuerte de todos. Yo podría con muchos argumentos hacer ver la inutilidad de estos cambios de nombre y demostrar que a las mismas cosas se les ponen muchos nombres sólo para adornar el discurso o para enriquecer la lengua, o que entre esos nombres no hay mucha diferencia; efectivamente, el deseo empieza en la voluntad, la cautela nace del miedo, y la alegría no es otra cosa que

16 la manifestación del gozo. Pero pensemos, como ellos pretenden, que son cosas distintas. Naturalmente, dirán que el deseo consiste en una voluntad perseverante y perpetua, que la alegría es el inusitado desenfreno del gozo, y que el miedo es la cautela excesiva y desbordada. Así sucede que no erradicar lo que creen que debe ser erradicado, sino que lo suavizan, ya que sólo cambian su nombre, pero permanece su contenido.

17 De esta forma, pues, terminan sin darse cuenta en el mismo sitio al que llegaron con la razón los peripatéticos: que los vicios, puesto que no pueden ser erradicados, han de ser suavizados manteniéndolos a medio gas. Consiguientemente, se equivocan, ya que no consiguen lo que pretenden y, tras largos y duros rodeos, llegan al mismo resultado.

16 De todas formas, yo tampoco creo que los peripatéticos hayan llegado a la verdad, ya que aceptan que existen los vicios, aunque los suavizan manteniéndolos a medio gas. Y es que hay que estar libres de vicios, incluso de los vicios a

*Tampoco los peripatéticos tienen razón en su teoría sobre las pasiones*

2 medio gas. Es más, lo primero que hay que conseguir es no tener vicios, ya que nada puede nacer con ellos, sino que se adquieren con un uso inadecuado de los sentimientos, mientras que, si se hace buen uso de los mismos, se consiguen virtudes. En segundo lugar, hay que mostrar que no son los sentimientos, sino sus raíces, los que deben ser moderados. «No es necesario», dicen, «dejarse llevar por una alegría desenfrenada, sino que hay que alegrarse moderada y mesuradamente». Esto es lo mismo que si dijeran que no hay que correr alocadamente, sino caminar con sosiego. Pero esto no vale, porque quien camina puede salir del camino bueno y quien corre puede seguir el sendero recto. Es más, si demuestro que hay cosas cuyo disfrute,

no sólo mediano, sino el más mínimo, es pecaminoso, y que hay por contra otras cuyo goce, por grande que sea, no es en absoluto pecado, ¿de qué nos sirve ese disfrute a medio gas? Yo les pregunto si se debe alegrar un sabio 5 cuando ve que a su enemigo le ocurre alguna desgracia, o si debe frenar su alegría cuando sus conciudadanos consiguen la paz y la libertad tras vencer o eliminar al tirano. Nadie duda de que está muy mal, tanto en un caso como 6 en otro, alegrarse poco. Y lo mismo se puede decir de los demás sentimientos.

De todas formas, la esencia de la sabiduría no está, 7 como dije, en moderar esos sentimientos, sino sus causas, ya que vienen provocados desde fuera; ni tampoco es lo más conveniente poner frenos a estos sentimientos por encima de todo, ya que, aun siendo pequeños, pueden ser un gran pecado y, siendo grandes, pueden no ser pecado; hay que definirlos en función del momento, contenido y lugar concreto, para que no haya vicios en los que se pueda caer con razón. Y es que, de la misma forma que caminar por el buen camino es bueno y salirse de él es malo, 8 así también es bueno dejarse llevar por los sentimientos hacia el bien, y malo dejarse llevar por ellos hacia el mal. Efectivamente, la concupiscencia, si no sale del lecho conyugal, aunque sea vehemente, no es pecado, pero si busca al prójimo, aunque sea en grado medio, es un gran pecado. No es, pues, un vicio irritarse, tener deseos o dejarse llevar 10 por la libido, sino que la enfermedad consiste en ser iracundo, ansioso y libidinoso. Y es que quien es iracundo se irrita con quien no debe o cuando no es el momento oportuno; quien es ansioso desea lo que no debe desear; y el libidinoso aspira incluso a lo que tiene prohibido por la ley.

11 En consecuencia, toda norma debe consistir en esto: puesto que la fuerza que nos empuja a estas apetencias no puede ni debe ser eliminada —ya que las tenemos innatas para proteger las funciones vitales—, debe ser utilizada para ir por el camino recto, cuyo recorrido está incluso libre de obstáculos y peligros.

17 Pero, en mi deseo de refutar, he ido excesivamente lejos cuando mi intención es demostrar que eso que los filósofos creyeron que eran vicios no sólo no son vicios, sino que incluso son grandes virtudes. Entre ellos, y por razones didácticas, escogeré ahora los que más vengan a cuento.

*Sólo el  
cristianismo  
ha entendido  
y explicado bien  
los sentimientos*

2 Del miedo o temor piensan que es un gran vicio y consideran que es una gran debilidad de ánimo, opuesta a la valentía, la cual, si se asienta en el hombre, no deja ningún  
3 lugar para el temor. ¿Creerá, pues, alguien que puede suceder que el miedo sea al mismo tiempo suma valentía? En absoluto, ya que la naturaleza no parece consentir que  
4 algo se resuelva en su contrario. Pues bien, yo —y no con complicadas demostraciones como hizo Sócrates, según Platón, obligando a afirmar lo que había negado a aquellos con los que discutía, sino con sencillez— demostraré que  
5 el mayor miedo es una gran virtud. Nadie duda de que es propio de los tímidos y débiles tener miedo del dolor, de la escasez, del destierro, de la cárcel o de la muerte; quien no se horroriza ante estas cosas es considerado como  
6 muy valiente. Ahora bien, quien teme a Dios no teme a ninguna de estas cosas. Para probar esto, no hacen falta argumentos: se han visto constantemente y se siguen viendo todavía a lo largo de todo el mundo los castigos a los que son sometidos los fieles de Dios, para atormentar a los cuales se han inventado nuevos e inusitados tormentos;

efectivamente, la mente se horroriza al recordar los tipos 7 de muerte cuando la fiereza de crueles bestias lleva su saña más allá de la propia muerte. Y, sin embargo, la feliz e invicta paciencia de los cristianos soporta sin ningún gemido estas horribles laceraciones en sus cuerpos; esta virtud es motivo de gran admiración para todos los pueblos 8 y provincias e incluso para los propios torturadores, ya que la crueldad es derrotada por la paciencia. Y esta virtud 9 no es producto de otra cosa que del miedo a Dios. Así pues, como decía más arriba, el miedo no debe ser erradicado, como quieren los estoicos, ni disminuido, como pretenden los peripatéticos, sino llevado hacia el buen camino, o bien deben ser eliminados todos los tipos de miedos a excepción sólo de éste, el cual, puesto que es legítimo y bueno, es el único que consigue que todas las demás cosas puedan no ser temidas.

También el deseo es considerado como un vicio; ahora 10 bien, si lo que se desea es lo terrenal, es un vicio, pero si se desea lo celestial, es una virtud. Efectivamente, quien desea alcanzar la justicia, a Dios, la vida eterna, la luz sempiterna y todo lo que Dios ofrece al hombre, despreciará las riquezas, honores, poderes y reinos propios de este mundo. Quizás un estoico dirá que para conseguir estas cosas se necesita voluntad y no deseo <sup>61</sup>. Pues no; el querer no basta. Muchos, en efecto, quieren, pero cuando el dolor llega a sus entrañas, su voluntad cede, quedando sólo el deseo; si éste consigue que sean despreciadas todas las cosas que los demás apetecen, se convierte en una gran virtud, ya que es la madre de la continencia.

12 Por ello, lo que debemos más bien procurar es dirigir  
por el camino recto esos sentimientos, cuya mala utiliza-  
13 ción es un vicio; y es que estos sentimientos del alma son  
semejantes a un carro con yunta, en cuya buena conduc-  
ción la principal obligación del guía consiste en conocer  
el camino: si lo sigue, aunque marche muy deprisa, no cho-  
cará; pero si se aparta de él, aunque marche tranquila y  
lentamente, se destrozará entre los peñascos, o caerá por  
un precipicio, o será llevado de hecho a donde no debe  
14 ser llevado. De la misma forma, el carro de la vida, que  
es arrastrado por los sentimientos como por veloces caba-  
llos, si conserva el camino recto, cumplirá con su obliga-  
ción. Consiguientemente, el miedo y el deseo, si se fijan  
en la tierra, se convierten en vicios, pero son virtudes si  
tienden hacia el cielo.

15 Por contra, los filósofos paganos consideran como una  
virtud a la tacañería; pero si ésta consiste en afán de tener,  
no puede ser una virtud, ya que se cifra totalmente en  
aumentar y proteger los bienes terrestres. Nosotros, sin em-  
bargo, no ponemos el sumo bien en relación con el cuerpo,  
sino que medimos todo deber sólo en función de la salva-  
16 ción del alma. Y si, como dije más arriba <sup>62</sup>, no debemos  
preocuparnos en absoluto de nuestro patrimonio con tal  
de ser humanitarios y justos, no es ninguna virtud ser aho-  
rrativo, término éste que engaña, ya que aparentemente  
17 es tomado como una virtud. Efectivamente, es cierto que  
la frugalidad consiste en abstenerse de placeres, pero es  
un vicio porque hunde sus raíces en el afán de poseer co-  
sas, cuando nuestra obligación es abstenernos de los plae-  
res, pero también no escatimar el dinero; y es que gastar  
el dinero con parquedad, es decir, con mesura, evidencia

la pequeñez de un alma que o bien teme quedarse sin na-  
da, o bien no tiene la esperanza de poder recuperarlo, o  
bien no ha llegado a conseguir el desprecio por las cosas  
de la tierra. Pero ellos, a su vez, llaman pródigo al que <sup>18</sup>  
no mira por su hacienda familiar. Distinguen, en efecto,  
entre liberal y pródigo, ya que es liberal aquel que es genero-  
so para con los que lo merecen, en el momento en que es  
conveniente y en la medida oportuna, mientras que el pró-  
digo es aquel que despilfarra con los que no lo merecen,  
cuando no es necesario y sin mirar por la hacienda familiar.  
¿Qué, pues? ¿Llamaremos pródigo a aquel que, en aras de <sup>19</sup>  
la misericordia, da alimentos a los necesitados? Todo lo  
contrario: hay mucha diferencia entre gastar dinero por  
placer con las prostitutas y gastarlo con los pobres por  
sentimientos humanitarios; entre el dinero que gastas con  
rufianes, jugadores y proxenetas, y el que gastas en actos  
de piedad y de religión; entre el dinero que dedicas al vien-  
tre y a la gula, y el que repones en el tesoro de la justicia.  
Así pues, de la misma forma que es pecado gastar para <sup>20</sup>  
el mal, así también es virtud gastar para el bien. Y si es  
una virtud no apegarse a las riquezas que pueden reponer-  
se, con tal de conservar la vida de un hombre, que no  
puede ser repuesta, hay que concluir que la tacañería es  
un vicio.

Por todo ello, de aquellos que privan al hombre, ani- <sup>21</sup>  
mal pacífico y sociable, de sus cualidades, de aquellos que,  
erradicando los sentimientos de los que están dotados to-  
dos los hombres pretenden llevarle a la estúpida inmovili-  
dad de su mente, al intentar liberar su alma de preocupa-  
ciones y, como ellos mismos dicen, volverla pacífica y tran-  
quila <sup>63</sup>, de éstos yo no diría otra cosa sino que no están

22 cuerdos. Esa tranquilidad no sólo no puede tener lugar, ya que la fuerza y sentido del alma está en el movimiento, sino que ni siquiera conviene que suceda, ya que, de la misma forma que el agua constantemente estancada y quieta se vuelve insalubre y más turbia, así también el alma inmóvil e inerte es inservible para sí misma, y no podrá defender su propia existencia, ya que ni hará ni pensará nada; y el pensamiento mismo no es otra cosa que la actividad de la mente. Finalmente, quienes defienden esta inmovilidad del alma, no buscan otra cosa que privar de vida al alma, ya que la vida es actividad, y la muerte inercia.

24 Algunas conductas las consideran con razón como virtudes, pero no conocen la norma a la que deben atenerse. El coraje es una virtud, pero no cuando ofrecemos resistencia a los que nos injurian —ante éstos hay que ceder; más adelante mostraré por qué se debe actuar así<sup>64</sup>—, sino cuando ante las amenazas y tormentos de los que nos mandan actuar contra la ley y contra la justicia no nos asustamos ni anteponeamos las órdenes del hombre a las órdenes de Dios. También es una virtud despreciar la muerte, pero no de forma que la busquemos ni nos lancemos voluntariamente a ella, como hicieron muchos filósofos y con frecuencia los más importantes, lo cual es una acción pecaminosa e impía, sino de forma que, cuando nos obligan a abandonar a Dios y a traicionar nuestra fe, prefiramos afrontar la muerte, defendamos la libertad contra la insensatez de los poderosos y contra su loca violencia, y afrontemos con fortaleza de ánimo todas las amenazas y tormentos de este mundo. De esta forma pisotearemos con espíritu elevado e insuperable las cosas que otros temen: el dolor y la muerte. Ésta es la virtud, éste es el verdadero

coraje, en esto solo debe ser protegida y mantenida: en que ningún miedo, ninguna fuerza nos pueda separar de Dios. Consiguientemente, tenía razón Cicerón cuando decía: «No puede haber ningún justo que tema a la muerte, al dolor, al destierro, a la indignencia»<sup>65</sup>. También Séneca dice en sus libros de filosofía moral: «El hombre es digno de honra no por la corona o la púrpura, ni es insigne por la escolta de lictores que le acompaña; el hombre más grande de todos es el que, cuando ve que la muerte se aproxima, no se asusta como si viera algo nuevo; el que, aunque tenga que soportar tormentos en todo su cuerpo, aunque tenga que comer llamas o extender sus manos en la horca, no se ocupa de cuál es su dolor, sino de como soportarlo perfectamente»<sup>66</sup>. Quien adora a Dios, sufre estas cosas y no tiene miedo; luego es justo.

De todo lo anterior se deduce que el que está lejos de la religión del único Dios no puede conocer ni comprender las virtudes ni los límites precisos de las virtudes.

28 Pero dejemos a un lado a los filósofos, los cuales o bien no saben nada y lo poco que saben lo tienen como elevada ciencia, o bien no entienden lo que saben, o bien, al creer que saben lo que no saben, dicen absurdas y arrogantes tonterías. Nosotros, pues, para volver a lo que nos proponíamos, ya que a nosotros sólo nos reveló Dios la verdad y a nosotros sólo se nos envió la sabiduría desde el cielo, hagamos lo que nos manda Dios, nuestro iluminador. Apoyémonos unos a otros y soportemos, ayudándonos mutuamente, los sufrimientos de esta vida y, en cambio, no nos

*Deberes  
del cristiano*

3 jactemos si hacemos alguna obra buena. Dios aconseja,  
en efecto, que el hacedor de cosas buenas no sea jactancioso, para que no dé la impresión de que en el desempeño de su obligación humanitaria está satisfaciendo su propio interés en lugar de obedecer los mandatos de Dios y para no conseguir ya en este mundo el precio de la gloria que ha merecido, y dejar de recibir el premio celestial y  
4 divino. Las demás cosas que debe observar el fiel son fáciles de observar si se poseen las virtudes. El fiel no debe  
5 mentir para engañar o hacer daño; es, en efecto, impío que aquel que profesa la verdad engañe en algo y se aparte de la propia verdad que persigue: en este camino de la justicia y de todas las virtudes no hay lugar para la mentira.  
6 Así pues, el auténtico y justo caminante de este camino no dirá aquello de Lucilio: «mi meta es no mentir al amigo y pariente»<sup>67</sup>, sino que considerará que tampoco es su meta mentir al enemigo y desconocido, y no consentirá nunca que la lengua, intérprete de su alma, se aleje de lo que siente y piensa ésta.

7 El fiel no recibirá interés en el caso de que preste dinero, para que la buena acción de socorrer una necesidad  
8 sea completa y para abstenerse de lo ajeno. En esta obligación que tiene el cristiano debe contentarse con lo suyo, ya que incluso no debe mirar siquiera por lo suyo propio con tal de hacer el bien. Y recibir más de lo que se ha dado es pecado; quien hace esto, está algo así como al acecho para sacar presa de la situación crítica de otro.

9 Por otro lado, el bueno nunca desaprovechará la ocasión de hacer una obra de misericordia, y no saldrá perdiendo si pierde algo de esta forma, sino que conseguirá que, sin detrimento suyo, eso mismo que da sea considera-

do entre las obras buenas. No reciba nada del pobre, de  
10 forma que, si da algo a un pobre, sea ello una buena acción por el simple hecho de ser gratuita.

El justo deberá responder con buenas palabras al que le maldice; nunca maldiga él; que de la boca del hombre que adora a la palabra auténtica no salga una palabra mala. Es más, que procure cuidadosamente no granjearse  
11 enemigos por culpa suya, y, si hay alguien tan malvado que injuria al justo y bueno, éste debe aguantarlo con tranquilidad y moderación y no tomar su propia venganza, sino dejarla para el juicio de Dios.

Guarde siempre y en todas partes la inocencia. Y este  
12 precepto no sólo exige no injuriar, sino también no vengar las injurias recibidas. Y es que sentado en el tribunal está el juez más grande y más justo, espectador y testigo de todo. Que el fiel prefiera a este juez antes que a un juez humano; que prefiera que sea él el que dé la sentencia en un pleito, ya que nadie, con ninguna defensa ni favor, puede escapar de su sentencia. Por ello sucede que el justo es  
13 despreciado por todos y, puesto que se piensa que él mismo no es capaz de defenderse, es tenido por cobarde y torpe, mientras que aquel que se venga del enemigo es considerado como valiente y listo: a ése teme y adora todo el mundo. Y aunque el bueno puede ser útil a muchos, sin embar-  
14 go acogen antes al que pueda hacerles daño que al que pueda serles útil. Pero al justo nunca podrá impedirle la maldad de los hombres que procure obedecer a Dios y prefiera ser despreciado, con tal de hacer siempre el bien y nunca el mal. Cicerón, en el mismo libro *Sobre los deberes*, dice: «Si alguien quiere tener clara la idea de honestidad que se encuentra confusa en su mente, que se convenza a sí mismo de que el hombre bueno es aquel que ayuda a los que puede, y que no hace daño a nadie, excepto si

16 es provocado por una ofensa»<sup>68</sup>. ¡Oh! ¡Cómo estropeó con el añadido de dos palabras<sup>69</sup> un pensamiento tan simple y verdadero! Pues ¿qué falta hacía añadir «excepto si es provocado por una ofensa», para poner así en el hombre bueno un vicio a modo de sucia cola y quitarle la  
17 paciencia, que es la más grande de las virtudes? Dice que «el hombre bueno ha de hacer daño si es provocado»; pues ya desde ese momento, por el propio hecho de hacer daño, pierde necesariamente la denominación de «hombre bueno». Y es que no es menor pecado devolver una injuria  
18 que hacerla. Efectivamente, ¿de dónde surgen las rivalidades entre los hombres, de dónde las luchas y enfrentamientos, sino del hecho de que la impaciencia, enfrentada a la maldad, provoca con frecuencia grandes tempestades?  
19 Si a la maldad se enfrentara la paciencia, que es la virtud más auténtica y digna del hombre que puede encontrarse, aquélla se extinguiría, inmediatamente, como cuando se desparrama agua sobre el fuego; pero si esa provocadora maldad lleva como compañera a la impaciencia, provocará, como si se desparrama sobre aceite, un incendio tal que no  
20 extinguirá ningún río de agua, sino de sangre. Así pues, grande es eficacia de la paciencia que el sabio de Cicerón quitó al hombre bueno; ella es la única que consigue que no ocurra ningún mal: si todos estuvieran dotados de ella, no existiría ningún crimen ni ningún fraude en los asuntos humanos. Consiguientemente, ¿qué cosa puede ser más calamitosa y contraria al hombre honesto que dar riendas sueltas a la ira, la cual le despojará no sólo de su carácter de bueno, sino incluso de su carácter de hombre, ya que ofender a

otros, como dice con verdad el mismo Cicerón, va contra la naturaleza humana? Y es que incluso los animales,<sup>22</sup> si son provocados, se defienden a patadas y a cornadas, y las serpientes y fieras no molestan si no se las persigue para matarlas, y, por volver a los ejemplos humanos, también los incultos e ignorantes, si alguna vez son injuriados, se dejan llevar por ciega e irracional locura e intentan devolver lo mismo a aquellos que les hacen a ellos daño. ¿En qué, pues, se diferencia el hombre sabio y bueno de<sup>23</sup> los malos e ignorantes, sino en que tiene una paciencia invencible, de la cual carecen los necios, y en que sabe gobernar y mitigar su ira, a la cual no pueden frenar los necios, porque carecen de virtud? Pero a Cicerón le llevó<sup>24</sup> sin duda al error el hecho de que, al tratar de la virtud, pensó que era propio de ella vencer en cualquier batalla, y no pudo en forma alguna darse cuenta de que no practica en absoluto la virtud el hombre que sucumbe al dolor y la ira, cede a los sentimientos a los que debía más bien enfrentarse y cae en las provocaciones de la maldad. Y es que quien intenta devolver una injuria, está intentan-<sup>25</sup> do imitar al mismo que le ha hecho la ofensa. Así, quien imita al malo, no puede de ninguna forma ser bueno. Con dos palabras, pues, privó al hombre bueno y sabio<sup>26</sup> de las dos virtudes más grandes, la inocencia y la paciencia. Pero, dado que el propio Cicerón ejercitó la famosa «elocuencia canina», según la expresión de Apio referida por Salustio<sup>70</sup>, pretendió que el hombre viviera a manera de perros: mordiendo cuando es atacado. En lo que se re-<sup>27</sup> fiere a lo pernicioso que es este intercambio de injurias y a las calamidades que suele acarrear, ¿de dónde se puede

sacar ejemplo más oportuno que del triste final de su propio preceptor, quien, al intentar seguir estos preceptos de los filósofos, se perdió a sí mismo? <sup>71</sup>. Si él, al ser injuriado, hubiese tenido paciencia, si hubiese sabido que es propio del hombre bueno soportar las ofensas, y si su impaciencia, vanidad y locura no hubiesen dado lugar a aquellos famosos discursos que llevan un nombre que no es suyo <sup>72</sup>, nunca habría ensangrentado con su cabeza las columnas del foro ante las que antes había brillado, ni aquella famosa proscripción habría destruido de raíz el estado.

<sup>29</sup> Así pues, no es propio de un hombre sabio y bueno el pretender luchar y enfrentarse al peligro —ya que no está en nuestro poder el vencer y que toda lucha es de resultado incierto—, sino que lo propio de un hombre sabio y bueno es pretender erradicar, no al enemigo —cosa que no se puede hacer sin culpa y peligro—, sino a la propia lucha —cosa que sí se puede hacer con utilidad y justicia—.

<sup>30</sup> Así pues, la paciencia debe ser tenida como una gran virtud: Dios quiso que el hombre bueno, para conseguirla, fuera despreciado cual un villano, como más arriba se ha dicho <sup>73</sup>; y es que, si no es atacado con ofensas, nadie conocerá qué grado de fortaleza guarda en sí mismo, por

<sup>31</sup> tenerla constantemente reprimida. Pero si, al ser injuriado, intenta perseguir al que le hiere, es hombre derrotado, mientras que quien reprime con la razón ese instinto, ése es el que manda totalmente sobre sí mismo, el que puede go-

bernarse a sí mismo. Este control sobre sí mismo puede con razón ser llamado paciencia, que es la única virtud que se opone a todos los vicios y sentimientos. Ella es la que tranquiliza al alma perturbada e inquieta, la que suaviza, la que devuelve al hombre a su propio estado.

Así pues, ya que es imposible e inútil enfrentarse a la naturaleza, en el sentido de no vernos conmovidos en absoluto, mitiguemos esos instintos —cosa que se puede hacer en un primer momento— antes de que se desboquen para hacer mal. Dios ordenó que «no se pusiera el sol ante nuestra ira» <sup>74</sup>, para que no desaparezca el testigo de nuestra locura. Finalmente, Marco Tulio, en contra de su propio precepto que más arriba cité <sup>75</sup>, alaba sobremanera el olvido de las injurias con estas palabras: «Espero que tú, dice a César, que no sueles olvidar nada, salvo las injurias...» <sup>76</sup>. Y si esto lo hacía este hombre, tan alejado sólo de la justicia divina, sino incluso de la humana y civil, ¿con cuánta mayor razón lo debemos hacer nosotros que somos algo así como candidatos a la inmortalidad?

Mientras que los estoicos pretenden erradicar del hombre los sentimientos como si fueran enfermedades, los peripatéticos dicen lo contrario y no sólo tratan de conservarlos, sino que incluso los defienden y dicen que no hay en el hombre nada que no haya surgido con un gran sentido y previsión. Tendrían razón ciertamente en esto si hubieran conocido los auténticos límites de todas las cosas. Dicen, en efecto, que la propia ira es la piedra de toque de la virtud, como

*¿Para qué puso  
Dios  
las pasiones  
en el hombre?*

si nadie que no esté empujado por la ira pudiera enfrentarse con valentía al enemigo. Con ello evidencian claramente que no saben en qué consiste la virtud, ni por qué Dios introdujo en el hombre la ira. Si Dios nos dio este sentimiento para que, haciendo uso de él, matáramos a los demás hombres, ¿qué cosa debe ser considerada más cruel que el hombre, qué cosa más semejante a las fieras que este animal, creado por Dios para vivir en sociedad y en inocencia?

Así pues, tres son los sentimientos que arrastran precipitadamente a los hombres a todo tipo de acciones: la ira, el deseo y la pasión. Por ello los poetas dijeron que había tres Furias que agitan las mentes de los hombres: la ira, que busca la venganza, el deseo, que busca las riquezas, y la pasión, que busca los placeres. Pero Dios puso límites concretos a todos estos sentimientos: si traspasan esos límites y empiezan a extenderse más allá de ellos, necesariamente ajarán su naturaleza y caerán en la enfermedad y en el vicio. En cuanto a cuáles son esos límites, no es excesivamente laborioso mostrarlo. El deseo se nos ha dado para conseguir aquellas cosas que son necesarias para la vida; la pasión, para propagar la especie; y el sentimiento de la ira, para impedir los pecados de aquellos que están bajo nuestro poder, es decir, para que formemos a los jóvenes, sujetándolos a una férrea disciplina, en la honestidad y la justicia: y es que si no sujetamos a éstos con la rienda del miedo, su libertinaje producirá la osadía que termina en todo tipo de maldades y crímenes. Así pues, de la misma forma que es justo y necesario recurrir a la ira frente a nuestros menores, así también es pernicioso e impío recurrir a ella frente a nuestros iguales: impío, porque se viola el sentimiento de humanidad entre los hombres; pernicioso, porque, si nuestros iguales resisten, tenemos nece-

sariamente que derrotarlos o ser derrotados. En lo que se refiere a la razón por la cual, según dije, se le dio al hombre este sentimiento de la ira, puede comprenderse a partir de los propios preceptos de Dios, el cual, para que no nos irrite con los maldicientes e injuriosos, nos ordena que tengamos siempre nuestras manos sobre nuestros menores, es decir, que los corriamos con frecuentes castigos cuando pequen, para que no sean educados en el mal, ni alimentados en el vicio, por el inútil mimo y excesiva benevolencia con que se les trate.

Pero ellos, alejados de la realidad y desconocedores de lo razonable, rompieron los límites de estos sentimientos y se desbocaron más allá de lo razonable. De ahí que se viva injusta e impiamente. Recurren a la ira contra sus iguales: de ahí surgen las discordias, de ahí los arrebatos, de ahí los enfrentamientos contra la justicia. Recurren al deseo de acumular riquezas: de ahí nacen los fraudes, de ahí los robos, de ahí todo tipo de crímenes. Recurren a la pasión para satisfacer sólo sus placeres: de ahí surgieron los estupro, de ahí los adulterios, de ahí todas las corruptelas.

En definitiva, quien mantenga esos sentimientos dentro de sus límites —cosa que no pueden hacer los que ignoran a Dios—, ése es paciente, fuerte y justo.

Me queda por decir algo contra los placeres de los cinco sentidos, ya que la propia extensión de este libro está pidiendo ya moderación. Dado que todas estas pasiones son pecaminosas y mortíferas, deben ser derrotadas y sojuzgadas por la virtud, o bien, como decía un poco más arriba de los sentimientos, deben ser traídas a los límites de su razón. Los demás seres vivos no conocen otro placer que el que

*Los placeres  
de los sentidos.  
La vista.  
Los espectáculos*

atañe a la procreación; usan, pues, sus sentidos para las necesidades naturales: ven, para buscar lo que necesitan para proteger su vida; se oyen entre sí y se conocen, para poder reunirse; lo que les es de utilidad para el alimento o bien lo encuentran a través del olfato o lo perciben con el gusto, rechazando y rehusando lo que no les sirve; miden la necesidad de comer y beber en función de lo lleno que está su estómago. Al hombre, sin embargo, le concedió la providencia del habilísimo artífice una capacidad de placeres infinita y proclive al vicio, ya que frente a él puso la virtud, la cual está en constante lucha con el placer, como si de un enemigo doméstico se tratase. Cicerón dice en el *Catón el Mayor* que «los estupro, adulterios y todos los pecados no tienen otro provocador atractivo que el del placer que producen; y que, dado que la naturaleza o algún dios puso en el hombre, como lo más importante, la razón, no hay nada más contrario a este regalo y don divino que el placer; que, por ello, si domina el placer, no hay lugar para la moderación, y que en el reino del placer no puede asentarse la virtud»<sup>77</sup>. Pero la verdad es todo lo contrario: Dios concedió al hombre la virtud para que asaltara y derrotara al placer y para que, si éste se salía de los límites que se le han dado, lo retuviera dentro de lo permitido, con el fin de que no sometiera a su imperio al hombre embozado y cautivado por sus atractivos y no le condenara a una muerte eterna.

El placer de los ojos es múltiple y variado: este placer se consigue con la contemplación de las cosas que, en manos de los hombres, son agradables por naturaleza o por sus resultados. Los filósofos presentaron este placer correctamente. Dicen, en efecto, que es mucho más honrado

y digno del hombre contemplar el cielo que lo que está escondido en la tierra, y admirar esta hermosísima obra adornada, como con flores, de las brillantes luminarias de los astros que admirar cuadros, estatuas y adornos de joyas. Ahora bien, si bien nos exhortaron elegantemente al desprecio de las cosas terrestres y nos animaron a la contemplación del cielo, no rechazan, sin embargo, esos espectáculos que se dan públicamente. Más bien, se divierten y asisten de buen grado a ellos; estos espectáculos, puesto que son grandes estímulos de vicios y sirven sobre todo para corromper las almas, deben ser erradicados por nosotros, ya que no sólo no proporcionan nada en orden a la vida bienaventurada, sino que incluso la perjudican sobremanera. Y es que quien considera como un placer el ver cómo un hombre, aunque condenado merecidamente, es degollado, mancha su propia conciencia de la misma forma que si fuera espectador y partícipe de un homicidio cometido lejos de la vista de otros. Ellos, sin embargo, llaman juegos a estas diversiones en las que se derrama sangre humana. Hasta tal punto se alejó de estos hombres el sentimiento humanitario que piensan que están jugando mientras quitan la vida a otros hombres, siendo ellos más culpables que todos aquellos cuya sangre tienen por placer. Me pregunto, pues, si pueden ser hombres piadosos y cultos aquellos que, ante los que ya están bajo el golpe mortal y piden misericordia, no sólo consienten que mueran, sino que incluso exigen y depositan crueles e inhumanos votos pidiendo la muerte, al no verse saciados con las heridas, ni contentos con la sangre. Es más, exigen que vuelvan a ser golpeados los ya heridos y abatidos, y que los cadáveres sean aniquilados a golpes, para que nadie los engañe simulando la muerte. Se irritan también con los púgiles si no cae muerto rápidamente uno de ellos,

y, como si tuvieran sed de sangre humana, odian la tardanza. Los que han llegado más tarde exigen que se les ofrezcan otros compañeros de los caídos, para saciar cuanto antes sus ojos. Manchados con estas costumbres, han perdido su humanitarismo. Y es que no sólo no perdonan a los inocentes, sino que practican con todos lo que han aprendido castigando a los malvados.

15 Pues bien, los que se esfuerzan por seguir el camino de la justicia no deben asistir ni participar en estos crímenes públicos. Y es que, cuando Dios nos prohíbe matar, no sólo nos prohíbe hacer estragos —cosa que no está permitida ni siquiera en las leyes públicas—, sino que nos aconseja que no hagamos incluso cosas que son lícitas entre los hombres. Así, el justo no deberá servir en la milicia, ya que su milicia es la propia justicia; ni provocar una acusación capital contra nadie, ya que no hay diferencia entre matar a alguien con la espada y matarlo con la palabra: 17 y es que lo que está prohibido es el crimen en sí, de forma que en este concepto divino no hay que hacer ninguna distinción: siempre será crimen matar a un hombre, 18 del que Dios quiso que fuera un animal sagrado. Así pues, que no piense nadie que le está permitido ni siquiera estrangular a los recién nacidos, crimen que es el más impío de todos: Dios, en efecto, introduce las almas en los cuerpos para la vida, y no para la muerte. Pero los hombres, para que no haya ningún crimen que no manche las manos, desprecian, con almas todavía rudas e ignorantes, la luz que no ha sido dada por ellos. ¿Esperará alguien que respeten la sangre ajena quienes no respetan la suya? De todas formas, éstos son criminales impíos sin ninguna duda. 21 Pero ¿qué decir de aquellos a los que una falsa piedad empuja a abandonar a sus hijos recién nacidos? ¿Acaso pueden ser considerados como inocentes quienes ofrecen

a los perros como presa sus propias entrañas y matan con más crueldad que si estrangulasen lo que es suyo? ¿Quién dudará de que es impío quien da ocasión a la misericordia ajena? El que abandona a su hijo, aunque le ocurra a éste lo que aquél pretendió —que sea alimentado—, está sin duda condenando su propia sangre a la esclavitud y al lupanar. Por otra parte, ¿quién no entiende y quién ignora lo que puede o suele ocurrir por error entre personas de uno y otro sexo? <sup>78</sup>. De esto es una prueba clara el caso de Edipo <sup>79</sup>, caso que va unido a un doble crimen. Así pues, tan impío es abandonar a un recién nacido como matarlo. Pero estos parricidas ponen como excusa las estrecheces de sus recursos y se quejan de que no pueden hacer frente a la crianza de muchos hijos: como si los recursos estuvieran en poder de sus poseedores y no sucediera todos los días que Dios convierte a los ricos en pobres y a los pobres en ricos. Por ello, si alguien no puede criar a sus hijos a causa de su pobreza, es mejor que se abstenga de unirse con su esposa a que destroce con manos criminales las obras de Dios.

Así pues, si no está permitido en forma alguna cometer <sup>26</sup> homicidio, tampoco se permite en absoluto presenciarlos, para que ninguna sangre se derrame sobre la conciencia, ya que esa sangre se derrama para diversión del pueblo.

En lo que se refiere a la corrupción de las representaciones teatrales, no sé si será aún más pecaminosa. Efectivamente, las comedias hablan de estupro de doncellas o

de amoríos de meretrices; y, cuanto más elocuentes son los autores de estas obras vergonzosas, con tanta mayor elegancia de palabra convencen y con tanta más facilidad sus versos rítmicos y adornados se fijan en el recuerdo de los oyentes. De igual forma, las tragedias meten por los ojos parricidios e incestos de reyes malvados y ponen en evidencia los crímenes de las clases elevadas. Y los desvergonzados movimientos de los actores cómicos ¿qué otra cosa enseñan o provocan que placeres? Sus cuerpos enervados y afeminados en su porte y vestidos imitan a impúdicas mujeres con gestos deshonestos. Y ¿qué decir de los mimos que ofrecen la ciencia de la corrupción, que enseñan adulterios, al fingirlos, y que con imágenes simuladas inducen a hacerlo en la realidad? ¿Qué harán los jóvenes y las doncellas cuando ven que esto se hace sin pudor y se contempla con agrado por todos? Se les aconseja, en efecto, qué es lo que pueden hacer y se les inflama con el placer, que es provocado sobre todo con la contemplación; cada uno, según su sexo, se imagina a sí mismo en esas situaciones fingidas; las aprueban al reírlas; y, con el vicio ya introducido, se retiran más corruptos a sus cubiles; y esto lo hacen no sólo los niños, a los que no se debe introducir en vicios prematuros, sino también los viejos, a quienes ya no les va el pecado. Igualmente, el sentido de los juegos circenses ¿qué otra cosa tiene sino ligereza, vanidad y locura? Efectivamente, los ánimos enloquecen con tanta fuerza como ímpetu se pone al correr por la arena, de forma que ofrecen más espectáculo quienes han venido de espectadores, desde el momento en que empiezan a dar voces, a salirse de sí y a dar saltos.

Hay, pues, que evitar todos los espectáculos, no sólo para que no anide ningún vicio en nuestros corazones, los cuales deben ser tranquilos y pacíficos, sino también

para que las costumbres pecaminosas de otros no nos debiliten, ni nos aparten de Dios y de las buenas costumbres. Y es que las celebraciones de los juegos coinciden con las fiestas de los dioses, ya que se establecieron con motivo de sus cumpleaños o de la dedicatoria de nuevos templos. En principio, las cacerías, llamadas ofrendas, están destinadas a Saturno; los juegos escénicos, a Líber; y los circenses, a Neptuno. De todas formas, este mismo honor empezó a ser dado poco a poco a los demás dioses y cada uno de los juegos fue consagrado en honor de ellos, tal como enseña Sinnio Capiton en su libro *Sobre los espectáculos*<sup>80</sup>. Así pues, si alguien asiste a unos espectáculos que se celebran por motivos religiosos, se aparta del culto de Dios y se acerca a los dioses, al celebrar su nacimiento y festividad.

*El oído.  
Elegancia de la  
poesía y oratoria  
paganas  
frente a las  
cristianas*

El placer de los oídos consiste en la percepción de la dulzura de las palabras y de los cantos; este placer es tan pecaminoso como el placer ya citado de los ojos. Efectivamente, ¿quién no va a considerar lujurioso y libertino a quien practica en su casa las artes del teatro? No hay ninguna diferencia entre practicar la lujuria en solitario en casa y practicarla en público en el teatro. Pero de los espectáculos ya he hablado. Ahora nos queda erradicar una sola cosa: el no ser cautivado por aquellos halagos que penetran hasta lo más íntimo de nuestro sentido; y es que todo aquello que carece de palabras, es decir, los suaves sonidos del aire y de los músculos, puede fácilmente ser rechazado,

porque no se introduce profundamente, ni puede ser escrito.  
4 Sin embargo, un poema elegantemente compuesto y un discurso que avanza con suavidad cautiva las mentes y las lleva a donde quiere. De ahí que los hombres cultos, cuando se acercan a la religión de Dios de la mano de un maestro no culto, no creen; y es que, acostumbrados a los dulces y pulidos discursos o poemas, desprecian la pobreza de las sencillas y comunes palabras de las Sagradas Escrituras. Buscan, en efecto, lo que agrada a los sentidos, y les convence lo que es suave y lo que, con su deleite, se asienta profundamente en el alma.

6 ¿Es que Dios, artífice de la inteligencia, de la palabra y de la lengua, no puede hablar elegantemente? Todo lo contrario; lo que pasa es que en su divina providencia quiso que las cosas divinas carecieran de adornos, para que  
7 todos entendieran lo que él decía a todos. Por consiguiente, el que tenga interés por la verdad, el que no quiera perderse, que renuncie a los dañinos y perjudiciales placeres que ensucian el alma, de la misma forma que las golosinas ensucian el cuerpo: sea preferido lo verdadero a lo  
8 falso, lo eterno a lo caduco, lo útil a lo agradable. Consideremos agradable con nuestra mirada sólo aquello que vemos que se hace honrada y piadosamente; no consideremos dulce para nuestro oído sino aquello que alimenta el alma y nos hace mejores; y, sobre todo, no debemos emplear para el vicio este sentido que nos ha sido dado  
9 para que podamos percibir la doctrina de Dios. Así pues, si es un placer escuchar cantos y poemas, que sea también de nuestro agrado cantar y escuchar las alabanzas de Dios.  
10 Éste es el verdadero placer, compañero y amigo de la virtud; éste no es caduco y breve como esos placeres que buscan los que, cual bestias, son esclavos del cuerpo, sino que  
11 es eterno y constantemente placentero. Y si alguien sobre-

pasa sus límites y no busca con el placer otra cosa que el propio placer, ése está tramando su propia muerte, porque, de la misma forma que la vida perpetua está en la virtud, así la muerte está en el placer. Y es que quien prefiera los bienes temporales, carecerá de los eternos; quien prefiera lo terrenal, no tendrá lo celestial.

*Los placeres  
del sabor y  
del olor*

En lo que se refiere a los placeres del  
22 sabor y del olor, que pertenecen ambos exclusivamente al cuerpo, no tenemos nada que discutir, si alguien no nos obliga a decir que es vergonzoso que un sabio honrado sea esclavo del vientre y de la gula, y vaya embadurnado de unguentos y coronado de flores: quien hace esto es realmente un ignorante y un inepto, un don nadie, y una persona a la que no ha llegado siquiera el olor de la virtud. Quizás alguien diga: «¿Para  
2 qué se han hecho esas cosas sino para que disfrutemos de ellas?». Ya se ha dicho hasta la saciedad que la virtud termina por no ser nada si no tiene un contrario al que enfrentarse. Dios hizo, en efecto, todas las cosas imponiendo un enfrentamiento entre dos de ellas. Consiguientemente, estos  
3 atractivos de los placeres son las únicas armas de aquel, cuya única misión es la de atacar la virtud y alejar la bondad de los hombres. Con estas delicadezas y atractivos embauca a las almas: y es que sabe que el placer es la máquina de la muerte. Efectivamente, de la misma forma que  
4 Dios no nos llama a la vida sino a través de la virtud y del esfuerzo, así ese otro nos llama a la muerte a través de delicias y de placeres; y de la misma forma que al verdadero bien se llega por medio de males aparentes, así también al verdadero mal se llega por medio de bienes aparentes. Hay, pues, que huir de estos placeres, cual de lazos  
5 y plagas, para que, cautivados por la molición de la buena

vida, no caigamos bajo el dominio de la muerte con nuestro cuerpo, tras habernos entregado a él.

23 Paso ahora al placer que percibimos con el tacto. Este sentido afecta realmente a todo el cuerpo. Pero yo pienso que debo hablar, no de los adornos y vestidos, sino sólo de la concupiscencia, que es, sobre todo, el vicio que debe ser evitado,

*Los placeres del tacto*

2 porque es enormemente nocivo. Cuando Dios ideó la razón de ser de los dos sexos, les atribuyó la facultad de atraerse mutuamente y de gozar con su unión. Por ello, puso en los cuerpos de todos los seres animados un ardiente deseo, de forma que todos cayeran ansiosamente en este sentimiento y pudieran, de esta forma, propagar y multiplicar  
3 la especie. Este deseo y apetencia se encuentra con mayor grado y crudeza en el hombre, ya porque quiso que la propagación de la especie humana fuese mayor, ya porque sólo al hombre dio la facultad de ser virtuoso, con lo que conseguiría alabanza y gloria al reprimir los placeres y  
4 abstenerse. Pues bien, ese nuestro adversario conoce muy bien cuán grande es la fuerza de este deseo, al que algunos prefirieron llamar necesidad, y lo convierte, de recto y bueno  
5 que es en principio, en algo depravado y malo. Introduce, en efecto, deseos ilícitos, para que aquellos que pueden gozar de lo suyo propio sin pecado, contaminen lo que es de otros. Introduce en nuestros ojos formas excitantes, proporciona estímulos y alimenta el vicio; entonces, turba y remueve todos los estímulos en las partes más íntimas, solivianta e inflama el ardor natural, hasta que enreda y atenaza con sus engaños al hombre. Y para que no haya nadie que por miedo al castigo se prive de lo ajeno, inventó los lupanares y prostituyó el pudor de infelices mujeres, para jugar tanto con aquellos que lo hacen como con aque-

llas que se ven obligadas a prostituirse. Con estas obscenidades, sumerge en una especie de torbellino de cieno a las almas nacidas para la santidad, apaga la vergüenza y azota al pudor.

Ese mismo hace incluso que los varones se unan a los varones e inventa vergonzosos coitos contra la naturaleza y contra lo establecido por Dios. De esta forma mancha a los hombres y los arma para toda impiedad. ¿Qué santidad puede, en efecto, haber en aquellos que sustraen su juventud, débil y necesitada de ayuda, a su propia concupiscencia para arrastrarla y ensuciarla? No puede describirse este tipo de relaciones por la magnitud de su pecado. A éstos no los puedo llamar otra cosa que impíos y parricidas, ya que no les basta el sexo que Dios les dio, si no lo ensucian profanándolo y ofendiéndolo. Sin embargo, ellos piensan que estas relaciones son insignificantes y casi honrosas.

Y ¿qué decir de aquellos que, más que la abominable concupiscencia, practican la insania? Da pena decirlo, pero ¿qué pensamos que va a ser de esos que no tienen ningún reparo en hacerlo? Y, a pesar de todo, hay que decirlo, porque sucede: me estoy refiriendo a esos cuya libido es tan rastrera y cuya locura tan execrable que no respetan ni la cabeza. ¿Con qué palabras, con qué indignación atacaré tan gran pecado? La magnitud de su pecado es superior a mis facultades retóricas.

Así pues, dado que la concupiscencia alimenta estos hechos y es la causa de estas acciones, debemos armarnos contra ella con la mayor de las virtudes. Quien no pueda frenar estos sentimientos que los mantenga dentro de los límites de su propio tálamo, para conseguir así lo que ávidamente desea, sin caer sin embargo en pecado. Pues ¿qué otra cosa buscan esos perdidos? El placer de los sentidos tiene siempre como finalidad acciones honestas; si los hombres

persiguen ese placer por sí mismo, está permitido disfrutar  
15 justa y legítimamente de él. Y si por alguna circunstancia  
ineludible nos está prohibido, es entonces sobre todo cuando  
hay que poner en práctica la virtud, de forma que la  
continencia haga frente al deseo. Y no sólo no nos está  
permitido tocar nada en tálamos ajenos, sino que Dios ordenó  
también que nos abstuviéramos de los cuerpos públicos  
y prostituidos; y nos enseña que, cuando dos cuerpos  
16 se unen entre sí, se convierten en un solo cuerpo. Así, quien  
se sumerge en el barro, necesariamente saldrá manchado  
de barro; y un cuerpo puede en realidad ser rápidamente  
lavado, pero un alma, manchada por el contagio de un  
cuerpo impúdico, no puede purificarse de esa suciedad que  
se le ha pegado sino tras un largo tiempo y por medio  
17 de muchas buenas obras. Debe, pues, cada uno tener en  
cuenta que a los seres vivos se les permite la unión de ambos  
sexos para engendrar y que los amores tienen esta ley:  
18 la de preparar la descendencia. De la misma forma que  
Dios nos dio los ojos, no para que contemplemos y goce-  
mos del placer, sino para que veamos a través de ellos los  
actos que afectan a las necesidades vitales, así la parte  
genital del cuerpo no nos ha sido dada, como ilustra su  
propio nombre, para otra cosa que para producir descendencia  
19 <sup>81</sup>. A esta ley divina debemos obedecer con gran devoción.  
Que todos los que se confiesan discípulos de Dios lleven tal  
tipo de costumbres y forma de vida que puedan  
20 controlarse a sí mismos; y es que quienes ceden a los  
placeres, quienes obedecen a la pasión, entregan su alma al  
cuerpo y la condenan a muerte, ya que se ligan al cuerpo,  
21 sobre el cual tiene potestad la muerte. Así pues, que cada  
uno, en la medida de sus fuerzas, se forme en el recato,

practique el pudor, proteja la castidad en su conciencia  
y en su mente; y no obedezca a las leyes públicas, sino  
que esté por encima de todas las leyes quien cumple la  
ley de Dios. Quien esté acostumbrado a estas buenas ac- 22  
ciones sentirá vergüenza de apartarse de ellas para hacer  
cosas peores, con tal de que le agraden la rectitud y la  
honestidad, virtudes que son más agradables para los  
buenos que la depravación y deshonestidad para los malos.

Todavía no he hablado de todas las funciones de la 23  
castidad: los límites que Dios le impuso no sólo están entre  
las paredes de la propia casa, sino incluso del propio le-  
cho, de forma que quien tenga esposa no pretenda tener  
además esclava e hija, sino que debe ser fiel al matrimonio.  
Y es que no sucede, como prescribe el derecho civil, que 24  
sólo sea adúltera la mujer que tiene un amante, mientras  
que el marido, por muchas mujeres que tenga, está libre  
del pecado de adulterio, sino que el derecho divino unió 25  
a los dos en matrimonio, es decir, en un mismo cuerpo,  
con igual lazo jurídico, de forma que es tenido como adúl-  
tero quienquiera que distraiga su cuerpo para otro. Y Dios, 26  
si bien quiso que las demás hembras desdeñaran a los  
machos una vez preñadas, hizo que, de todas las hembras,  
fuera la mujer la única que aceptara siempre al hombre;  
y lo hizo sólo para que los hombres, al ser rechazados por  
las mujeres, no se vieran empujados por su pasión a apetecer  
otra cosa, viéndose de esta forma privados de la gloria  
de la castidad. Por otro lado, tampoco la mujer alcan- 27  
zaría la virtud de la pureza si no tuviera posibilidades de  
pecar. Efectivamente, ¿quién llamaría pura a una hembra  
por el hecho de rechazar al macho una vez preñada? Este  
rechazo lo practica porque, si aceptara al macho, necesari-  
amente sentiría dolor y correría peligro. Consiguente- 28  
mente, no tiene ningún mérito loable no hacer una cosa

que no puede hacer. Y por ello es digna de alabanza la pureza en el hombre: porque no es natural, sino voluntaria.

29 Los esposos deben, pues, ser fieles el uno al otro; es más, el esposo debe dar ejemplo de continencia a su esposa para que ésta se porte castamente: y es que es injusto exigir lo que uno mismo no puede ofrecer. Esta desigualdad es la causa determinante de que existan adulterios, ya que las mujeres no aguantan el tener que ser ellas fieles con unos maridos que no corresponden con cariño. No hay, en definitiva, ninguna adúltera tan desvergonzada que no ponga como pretexto de sus vicios este motivo: que ella, al pecar, no está haciendo una injuria, sino devolviéndola. Esto lo expuso perfectamente Quintiliano con estas palabras: «El hombre no se abstiene de la mujer ajena ni guarda a la suya»<sup>82</sup>. Estos dos hechos van naturalmente unidos: efectivamente, un marido ocupado en seducir a las esposas de otros no puede tener tiempo para cuidar la honradez de su casa; y la esposa, cuando se encuentra con un marido como éste, piensa que, siguiendo ese ejemplo, puede imitarle o vengarse. Hay que procurar, pues, no dar ocasión al vicio con nuestro libertinaje; las costumbres de ambos esposos deben ir a la par y ambos deben llevar el yugo con idéntico ánimo: pongámonos a nosotros mismos en el lugar del otro. Y es que el sumo de la justicia consiste en esto: no hacer a otro lo que tú mismo no quieres que te hagan.

33 Éstos son los preceptos que Dios da en orden a la continencia. Sin embargo, para que nadie piense que él puede poner límites a los preceptos divinos, se añaden, para evitar toda astucia y engaño, éstos: es también adúltero quien se casa con una mujer abandonada por su marido,

y aquel que, sin que medie adulterio, abandona a su mujer para casarse con otra. Dios no quiso, en efecto, que un cuerpo se dividiera y rajara. Y por otro lado, no sólo debemos evitar el adulterio de hecho, sino también en el pensamiento, de forma que nadie debe mirar a una mujer y deseársela en su mente, ya que el pensamiento es adúltero incluso cuando imagina en su interior la imagen del placer. Y es que realmente es la mente la que peca, la que concibe con el pensamiento el fruto de la desbocada pasión; en ella está el pecado, en ella todo el delito. Efectivamente, aunque el cuerpo no esté manchado con ninguna impureza, no hay, sin embargo, pureza si el alma es incestuosa; ni se puede pensar que la castidad esté incorrupta cuando el deseo ha manchado la conciencia.

Que nadie piense, en cambio, que es difícil poner freno a la pasión y encerrarla, andariega y errante como es, dentro de los límites de la castidad y pureza, ya que los hombres tienen en sus manos el vencerla: muchos han mantenido una feliz e incorrupta integridad en su cuerpo, y hay muchos también que disfrutaban de este celestial tipo de vida. Y Dios realmente ordenó que se hiciera esto, no prohibiendo radicalmente las relaciones, ya que es necesario que los hombres se reproduzcan, sino dando libertad. Él conoce, en efecto, la servidumbre que impuso a estos sentimientos; «si alguien», dice él, «puede hacer esto, conseguirá recompensa extraordinaria e incomparable»<sup>83</sup>. Este tipo de continencia es algo así como el culmen y consumación de todas las virtudes. Si alguien consigue progresar y abrirse paso hacia ella, a ése el Señor considerará como siervo y el maestro como discípulo; quien alcance

la virtud de Dios, triunfará sobre la tierra y será semejante  
40 a Dios. Todo esto parece difícil, pero estoy hablando de  
aquel para el cual está preparado el camino del cielo, una  
vez pisoteadas todas las cosas terrenas. Y es que, dado  
que la virtud consiste en el conocimiento de Dios, si se  
le desconoce, todo será difícil, pero, cuando se le conoce,  
todo es fácil. Nosotros, que tendemos hacia el sumo bien,  
debemos caminar a través de esas dificultades.

24 A pesar de todo, que nadie se desanime  
ni pierda la esperanza si, vencido por el  
deseo, es arrastrado por la libido o, en-  
gañado por el error u obligado por la  
fuerza, cae en el camino del pecado. Pue-  
de, en efecto, recuperarse y librarse, si se arrepiente de  
sus actos y, volviéndose a una vida mejor, satisface a Dios.  
2 Cicerón pensó que esto no era posible; sus palabras, en  
el libro tercero de *Los académicos*, son éstas: «Si a los  
que llevan una vida errada les estuviera permitido, como  
sucede con los que se han equivocado de camino, corregir  
sus errores con el arrepentimiento, la corrección de la temeridad sería más fácil»<sup>84</sup>. Lo cierto es que es posible.  
3 Efectivamente, si cuando vemos que nuestros hijos se arre-  
pienten de sus delitos pensamos que se han corregido y,  
tras haberlos rechazado y apartado de nuestro lado, los  
recibimos, ayudamos y abrazamos de nuevo, ¿por qué des-  
esperamos de que la clemencia del Dios verdadero pueda  
4 aplacarse con la penitencia? El mismo Señor y Padre in-  
dulgentísimo prometió que perdonaría los pecados a los  
que hicieran penitencia y que borraría todas las culpas de  
5 aquel que de nuevo empezase a hacer obras buenas. Y es  
que, de la misma forma que al que lleva una mala vida

no le sirven de nada sus buenas acciones anteriores, ya  
que la maldad que ahora se superpone ha borrado las obras  
buenas, así también los antiguos pecados no son ningún  
obstáculo para el que se ha corregido, ya que la bondad  
que ahora se superpone ha borrado la mancha de la vida  
anterior. Efectivamente, el que se arrepiente de sus hechos, 6  
es consciente de sus antiguos errores; por ello es más exacto  
y significativo el término griego *metanoia* (cambio de  
mente) que el latino, que podría ser *resipiscencia*: recupera  
su cabeza, en efecto, y su mente, por así decir, desde la  
locura el que se arrepiente de sus errores, se castiga a sí  
mismo por su locura y afirma su alma por el camino de  
la vida recta: en ese momento él procura sobre todo no  
caer en los mismos lazos. Incluso los animales mudos, 7  
cuando son cogidos en una trampa, si consiguen de alguna  
forma escapar, se vuelven después más cautos y evitan cons-  
tantemente todos los síntomas que les recuerden los enga-  
ños y trampas. De la misma forma, el arrepentimiento 8  
hace al hombre cauto y diligente para evitar el pecado en  
que, por engaño, cayó una vez: y es que nadie puede ser  
tan prudente y tan precavido que no caiga alguna vez.  
Y por eso Dios, conocedor de nuestra debilidad, abrió 9  
desde su piedad al hombre el puerto de la salvación, para  
proporcionar la medicina del arrepentimiento a esta fragi-  
lidad a la que necesariamente estamos sometidos. Así pues,  
quien peque, que vuelva sus pies hacia atrás, que se recu-  
pere y arrepienta cuanto antes. «Nuestra misión, nuestro 10  
esfuerzo consiste en volver a andar nuestros pasos y volver  
al aire de arriba»<sup>85</sup>. Y es que, una vez probados los agra-  
dables placeres, a duras penas podemos escapar de ellos;  
es más fácil seguir el camino recto si no se han probado

sus atractivos. Pero supongamos que alguien se entrega a la esclavitud del pecado: se le perdonarán todos sus errores si los corrige con una vida mejor. Y no piense nadie que está en ventaja si no hay nadie que conozca su pecado: aquel bajo cuya mirada vivimos lo sabe todo, y, aunque podamos pasar desapercibidos ante todos los hombres, no podemos ocultarnos a Dios, para el cual no puede haber nada escondido, ni nada secreto. Séneca terminó sus *Exhortaciones* con un pensamiento admirable: «Existe», dice, «una divinidad grande, en una medida que no sé explicar, y que sobrepasa nuestros pensamientos, a la cual seremos con nuestra vida; rindamos a ella acatamiento. De nada nos sirve que ocultemos nuestro pensamiento. Estamos abiertos a Dios»<sup>86</sup>. ¿Qué verdad mayor puede decir quien conozca a Dios que estas palabras pronunciadas por un desconocedor de la religión verdadera? Efectivamente, dejó en claro la majestad de Dios diciendo que ésta sobrepasa los límites del pensamiento humano; él mismo llegó a tocar la fuente misma de la verdad, al comprender que la vida humana no está vacía, como pretenden los epicúreos, sino que se puede servir a Dios con ella, si se vive digna y justamente. Séneca podía haber sido un auténtico fiel de Dios<sup>87</sup> si alguien le hubiera enseñado, y habría desdeñado sin duda a Zenón y a su maestro Sotión si hubiese tenido un maestro de la auténtica sabiduría. «A ella», dice, «rindamos acatamiento»; palabras ciertamente divinas, si no procedieran de alguien que profesa la ignorancia. «De nada sirve que ocultemos nuestro pensamien-

to; estamos abiertos a Dios»; no hay, pues, lugar para la mentira, ni para la simulación, porque los ojos de los hombres se ven impedidos por las paredes, pero la divinidad de Dios no puede encontrar obstáculos que le impidan contemplar y conocer a todo el hombre, ni siquiera en las entrañas. El propio Séneca, en el libro primero de esta obra, dice: «¿Qué piensas? ¿Qué maquinan? ¿Qué ocultas? Tu vigilante te sigue. Los viajes te apartan de un acompañante, la muerte de otro, la enfermedad de otro: aquel del que no puedes nunca librarte, va siempre pegado a ti. ¿Por qué eliges lugares escondidos y te alejas de testigos? Piensa, tonto, que consigues escapar de la vista de todos; ¿de qué te sirve no tener testigos, si tienes como testigo a la conciencia?»<sup>88</sup>.

Con no menor admirable acierto habla Tulio de la conciencia y de Dios; «recuerde», dice, «que tiene a Dios como testigo, es decir, pienso yo, a su propia conciencia, que es lo más divino que Dios dio al hombre»<sup>89</sup>. Igualmente, al tratar del hombre justo y bueno dice: «Así pues, que un hombre así no se atreva no sólo a hacer, sino ni siquiera a pensar nada que no se atreva a decir»<sup>90</sup>. Purifiquemos, pues, nuestra conciencia, que no escapa a los ojos de Dios, y, como dice Cicerón, «vivamos siempre en el convencimiento de que tenemos que rendir cuentas de nuestras acciones»<sup>91</sup>; y pensemos que en todos los momentos de nuestra vida somos observados, no «en el teatro de la tierra», como dice Cicerón<sup>92</sup>, sino que lo somos des-

de arriba por el que ha de ser nuestro juez y testigo, ante el cual, cuando nos pida cuentas de nuestra vida, no podremos negar los actos que en ella hayamos realizado.

21 Por ello, será mejor o bien no huir de la conciencia, o bien abrir espontáneamente nuestra alma y confesar nuestra maldad, abriendo las heridas, las cuales sólo pueden ser curadas por aquel que devolvió el paso a los cojos, la vista a los ciegos, que limpió los miembros leprosos y

22 resucitó a los muertos. Él apagará el fuego del deseo, extirpará los placeres, erradicará la envidia, aplacará la ira,

23 devolverá la auténtica y eterna salud. Ésta es la medicina que debemos buscar todos, ya que corre mayor peligro el alma que el cuerpo y se deben curar primero las enfermedades ocultas. Y es que, aunque una persona vea perfectamente, tenga todos sus miembros íntegros, goce de una segurísima salud en todo su cuerpo, yo no diría que está sana si se deja llevar por la ira, se infla con la soberbia, es esclava de la libido y arde en deseos; sin embargo,

25 aquel que no levanta sus ojos hacia la felicidad ajena, que no admira las riquezas ajenas, que mira con ojos puros hacia la mujer de otro, que no desea nada en absoluto, no ansía nada ajeno, no envidia a nadie, no desprecia a nadie, es humilde, misericordioso, benéfico, suave y humano, y reina una paz constante en su ánimo, ése es el

26 hombre sano, el justo, el perfecto. Así pues, quien obedece todos esos preceptos divinos, ése es el verdadero fiel de Dios, cuyos sacrificios son la mansedumbre de ánimo,

27 la inocencia de vida y las buenas acciones; quien ofrece todo esto, está haciendo sacrificios tantas veces cuantas hace una acción buena y piadosa. Dios no desea, en efecto, la víctima de un animal mudo, ni su muerte, ni su

28 sangre, sino la víctima del hombre y de su vida. Para este sacrificio no hacen falta ramos, ni lavatorios, ni túmulos

de hierba, todo lo cual es vano, sino aquello que sale de lo más íntimo del corazón. Así pues, sobre el altar de 29 Dios, que es el más grande y que, situado en el corazón del hombre, no puede ser manchado con sangre, se pone la justicia, la paciencia, la fe, la inocencia, la castidad y la abstinencia. Éste es el rito más auténtico, ésta, en palabras de Cicerón, es «esa ley de Dios, preclara y divina, que ordena siempre lo recto y honesto, y prohíbe lo depravado y sucio»<sup>93</sup>. Quien obedece esta ley santa y segura vive necesariamente de acuerdo con la ley y la justicia. De esta ley sólo he expuesto unos pocos principios, por- 30 que ya prometí que sólo iba a exponer aquellas cosas que evidenciaran el punto más alto de la virtud y de la justicia. Si alguien quiere conocer todos los demás principios, que los busque en la fuente de donde nos viene este río.

*¿Qué debemos ofrecer a Dios?*

Ahora hablaré un poco del propio sacrificio. «El marfil», dice Platón, «no es un don limpio para Dios»<sup>94</sup>. ¿Acaso lo son los cuadros y las telas preciosas? En absoluto; no es un don limpio para Dios todo aquello que puede corromperse y perderse. Pero, de 2 la misma forma que vio que no conviene ofrecer a un ser vivo algo que se ha quitado de un cuerpo muerto, ¿por qué no vio también Platón que no se debe dar un regalo corporal a algo que es incorpóreo? Cuánto mejor y con 3 cuánta mayor verdad habló Séneca: «¿Queréis pensar en un Dios grande, plácido, temible por su dulce majestad, amigo y siempre cercano, que no exija inmolaciones y abundante sangre —pues ¿qué placer se sigue del sacrificio de

inocentes?—, sino pureza de mente y buenos y honestos propósitos? A ese Dios no se le deben levantar altos templos con rocas acumuladas; le debe adorar cada uno en su corazón»<sup>95</sup>. Efectivamente, quien piense que a Dios le agradan las telas, las piedras preciosas y demás cosas apreciadas, ése desconoce totalmente quién es Dios, ya que piensa que le agradan unas cosas por cuyo desprecio el propio hombre será con razón alabado. Para Dios ¿qué otra cosa hay casta y digna sino lo que él mismo exigió en su ley divina? Dos son las cosas que le deben ser ofrecidas: un regalo y un sacrificio; el regalo, siempre; el sacrificio, de vez en cuando. Pero esos que no entienden el sentido de las palabras divinas piensan que regalo es cualquier cosa que se hace con oro y plata, y cualquier tela que se teje con púrpura y seda, y que sacrificio es ofrecer una víctima y cualquier cosa que se queme en el altar. Pero Dios no quiere ni una ni otra cosa, porque él es incorrupto y todo eso es corruptible. Así pues, a Dios hay que ofrecerle los dos regalos que le sirven. Para Dios, regalo es la integridad del alma, y sacrificios son las alabanzas e himnos; y es que, si Dios no es visible, debe ser adorado con cosas no visibles. Consiguientemente, la única religión verdadera es la que se basa en la virtud y la justicia. En lo que se refiere al uso que hace Dios de la bondad humana, es fácil de entender. Efectivamente, si el hombre es bueno, servirá eternamente a Dios, tras conseguir él la inmortalidad. Y que los hombres nacen para ser buenos lo sospecharon los antiguos filósofos y sobre todo Cicerón; al hablar, en efecto, de las leyes, dice: «De todas las ideas que se encuentran en los estudios de los hombres cultos, la más relevante sin duda es que comprenden clara-

mente que hemos nacido para ser justos»<sup>96</sup>. Por consiguiente, debemos presentar y ofrecer a Dios sólo aquello para cuya consecución él mismo nos creó.

En cuanto a la autenticidad de este doble tipo de sacrificio, es un buen testimonio de ella *Hermes Trismegisto*, el cual coincide, tanto en el contenido como en las palabras, con nosotros, es decir, con los profetas a los que seguimos. De la justicia habla así: «Adora, hijo, y respeta esta palabra. Pero el único culto a Dios consiste en no ser malo»<sup>97</sup>. Igualmente, en *La palabra perfecta*, tras haber escuchado a Asclepio que preguntaba al hijo de aquél si le gustaría a su padre que se ofrecieran incienso y otros aromas en el sacrificio a Dios, dijo: «Haz buenos sacrificios, Asclepio; es una gran impiedad imaginar tal cosa de ese único y singular bien; los aromas y cosas semejantes no son necesarios para Dios, ya que éste está lleno de todas las cosas que existen y no necesita nada. Nosotros, por nuestra parte, adorémosle dándole gracias. El único sacrificio que le va bien es la alabanza»<sup>98</sup>. Palabras acertadas, ya que debemos hacer sacrificios en honor de Dios con la palabra, puesto que Dios es la palabra, como él mismo manifiesta<sup>99</sup>. Así pues, el mayor rito de adoración a Dios consiste en las alabanzas salidas de la boca del justo, las cuales, para que sean aceptadas por Dios, necesitan de humildad, temor y gran devoción, no sea que el oferente, confiado en su integridad e inocencia, incurra en el pecado de soberbia y arrogancia y pierda así la gracia de la virtud. Ahora bien, para ser agradable a Dios y estar

libre de toda mancha, hay que implorar constantemente la misericordia divina y no pedir otra cosa que perdón para los pecados, aunque no se tengan. En el caso de que deseemos otra cosa, no hace falta que se lo digamos a quien sabe lo que queremos; si nos sucede algún bien, debemos dar gracias; si algún mal, reparémoslo y reconozcamos que ha ocurrido por nuestros pecados; y, de igual forma, demos gracias cuando nos ocurra algún mal, y satisfacción cuando nos ocurra algún bien, para mantenernos estables, inmutables y firmes. Y pensemos que esta forma de actuar la debemos observar no sólo en el templo, sino también en casa y en la propia habitación. Tengamos siempre por fin a Dios con nosotros en el corazón, ya que nosotros mismos somos templo de Dios. Si servimos con esta constancia, generosidad y devoción a Dios, nuestro padre y señor, entonces alcanzaremos la total y perfecta justicia; y quien alcanza la justicia, obedece, como hemos dicho más arriba <sup>100</sup>, a Dios y cumple las obligaciones de su religión.